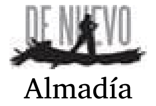

BERNARDO
ESQUINCA
MAR
NEGRO
Almadía

MAR NEGRO



BERNARDO ESQUINCA



Almadía

NARRATIVA

© 2019 Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

www.almadia.com.mx
www.facebook.com/editorialalmadia
@Almadia_Edit

Primera edición en Editorial Almadía S.C.: agosto de 2014
Primera edición en Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.: octubre de 2016
Segunda edición: enero de 2020

ISBN: 978-607-8667-70-3

En colaboración con el Fondo Ventura A.C.
y Proveedora Escolar S. de R.L. Para mayor información:
www.fondoventura.com y www.proveedora-escolar.com.mx

A las mujeres de mi vida:
Talía, Pía y Ramona, tierra firme.
Ana Laura, Mónica, Lydia y Luz Elena,
faros siempre encendidos.

Similia similibur curantur…

LOS PADRES ANTIGUOS

Un hombre de la ciudad no se adapta a cualquier cosa. Desde el momento en que descendí del avión en el aeropuerto de Chetumal, la bocanada de aire caliente que me recibió me dejó claro que entraba a un mundo diferente. Uno exuberante y cargado de humedades insidiosas. Sin embargo, mi chamarra permaneció sobre mis hombros mientras esperaba a que la banda transportadora trajera mi maleta; un último asidero al constante y familiar frío que sentía en la Ciudad de México. En el trayecto de media hora a Bacalar intenté asimilar el paisaje: vegetación tropical entre construcciones ruinosas, deshuesaderos y enormes anuncios de cerveza Superior —bebida que yo creía extinta—; todo conspiraba para darle un toque de decadencia al Caribe mexicano, a pesar de su pujante industria turística. Nada me preparó para lo que encontré en Bacalar, el lugar al que había sido invitado por la Casa Internacional del Escritor para dar un taller de narrativa durante quince días: un pueblito al que la publicidad anunciaba como “mágico” pero al que yo en realidad encontré fantasmagórico. Con calles asfaltadas por las que era difícil cruzarse con alguien, y más complicado aún conseguir una buena cerveza. Bacalar está situado al borde de una laguna a la que debe su fama, una enorme extensión de aguas quietas que cambian de colores como si se tratara de un camaleón. Algo *mágico* había sin duda en ese lugar —desde el primer día escuché historias de niños ahogados en la laguna y buzos que se sumergieron en el Cenote Azul para nunca regresar, perdidos en el laberinto de cuevas subterráneas que conectaba con algo parecido al inframundo— pero su auténtica naturaleza tardaría unos días en revelárseme.

Desde la primera noche batallé para conciliar el sueño, distraído por los inquietantes ruidos del trópico, en especial un chasquido fuerte y cercano que provenía de la ventana de mi habitación; parecía —o así lo quise pensar— como si una mujer agazapada en las sombras del jardín de la Casa Internacional del Escritor me estuviera mandando besos. Después supe que se trataba de unos diminutos animales amarillos llamados cuijas o besuconas, totalmente inofensivos, que se pegaban al techo del cuarto con esa eternidad pétrea tan propia de los reptiles. Durante aquellas madrugadas calurosas e insomnes no pude

dejar de imaginar que aquellos besos siniestros eran lanzados por súcubos de colmillos afilados que aguardaban en lo alto de las palmeras a que el sueño me venciera por completo.

Un hombre de la ciudad no se adapta a cualquier cosa, y yo jamás he podido con los bichos. Para mi desgracia, Bacalar era un lugar infestado de ellos.

Algunos, como descubrí más tarde, era inclasificables.

Shark Bay, Australia

El general MacCarthy contempló las dunas que se unían con el mar. Vio también las aletas de algunos tiburones que se paseaban a unos metros de la orilla, dueños de aquel territorio protegido de la mano del hombre. Era un paisaje único, pero MacCarthy no estaba ahí para disfrutarlo. Se aproximó al campamento montado al borde de la amplia extensión de estromatolitos y observó las maniobras de los biólogos. Aquellas formaciones primigenias que se apiñaban en las aguas bajas como una colonia de mantecadas cubiertas de lama, le parecían tan absurdas como anodinas, pero eran material de estudio prioritario del Proyecto Rojo, y él debía vigilar que las muestras se tomaran y llegaran en buen estado al laboratorio. Eso en teoría, porque los biólogos sabían hacer bien su trabajo, y él no entendía nada de embalaje, biocontenedores de seguridad, temperaturas controladas. El general MacCarthy estaba ahí, sobre todo, para asegurarse de que no hubiera testigos. De que nadie ajeno al Proyecto Rojo se acercara e hiciera preguntas incómodas. Hasta el momento todo marchaba según lo planeado. El gobierno australiano se mostró comprensivo *y aceptó las explicaciones oficiales. Pronto se irían de ahí. MacCarthy decidió relajarse y extrajo un puro de su chaleco. Desvió la mirada de los biólogos y se puso a seguir la aleta de un tiburón hasta que se perdió mar adentro.*

Ser un hombre de la ciudad en el trópico tiene sus ventajas. El aplastante sol de Bacalar me hacía caminar con la cabeza constantemente agachada, y así fue como me encontré con la primera alimaña. Estábamos en un receso del taller, y me dirigía junto con algunos de los alumnos a una tienda cercana en busca de agua. Sobre el asfalto había una criatura aplastada. Me acuclillé para observarla de cerca. Parecía un insecto enorme.

—Es una tarántula —me confirmó Daniela.

Daniela era oriunda de Chetumal y la que mejor escribía entre todos los participantes del taller. Desde el primer instante me sentí atraído por ella. Su piel morena, sus ojos grandes y brillantes, y su aspecto saludable en general eran todo lo contrario a los espectros

lechosos y eternamente constipados que deambulaban por la Ciudad de México.

Yo sólo había visto tarántulas en los documentales de la televisión. Saqué mi celular y le tomé fotografías. Un acto simple que después se convertiría en un ritual durante mi estancia en Bacalar, aunque en ese momento no lo sospechaba. Tampoco sabía que las tarántulas tienen ocho patas. Hice varias tomas ante la condescendencia de mis alumnos. Me sentí estúpido, el ejemplar citadino que se impresiona con la fauna que para los locales resulta una obviedad. Daniela me lanzó una mirada que decía "sólo es una araña". Estaba parada a mi lado, con sus largas y bronceadas piernas ofreciéndome un asidero ante el mundo salvaje. Ya las había tenido alrededor de mi cintura y alrededor de mi cuello, apretándome con el vigor de sus veintitrés años. Siempre he pensado que las piernas de las mujeres son mi mayor debilidad y también mi fortaleza. Lo mismo me han vencido que soportado. Por eso es la parte del cuerpo femenino que más agradezco.

Cedí ante la impaciencia de Daniela y me levanté, olvidándome de la alimaña. Fue algo pasajero. Al terminar la sesión del día, me retiré a mi habitación, bajé las fotografías a mi laptop y me di cuenta de una cosa.

Aquella tarántula tenía doce patas.

Andros Island, Bahamas

El mar estaba tan azul que parecía pintado con un crayón. A pesar de la paz que se respiraba en aquel lugar, el general MacCarthy se sentía ansioso por regresar. Estaba harto de comer pescado y escuchar las supercherías de los nativos. Afortunadamente, el equipo del Proyecto Rojo ya preparaba las maletas. No había sido tarea fácil, como en Australia. Esta vez se acercaron algunos curiosos a la zona de estromatolitos; McCarthy tuvo que distraerlos llevándoselos al bar más cercano y dejando que lo atosigaran con las leyendas locales. Una tortura. Al general le molestaba que los humanos buscaran monstruos donde no los había. Los nativos le contaron la historia del mítico Lusca, *una criatura gigantesca mitad tiburón, mitad pulpo, que devoraba los barcos en altamar. Qué tontería. El único monstruo que existía era el del ejército enemigo. Cuando se combatía cuerpo a cuerpo, y se miraban los ojos del rival llenos de odio y temor, uno comprendía que ahí se alojaba la bestia. Él había matado cientos de monstruos reales. Lo demás era material de literatura. Y al general MacCarthy no le gustaban los libros.*

Con el paso de los días continué topándome con extrañas criaturas aplastadas por las llantas de los coches en el suelo de Bacalar. Yo las

fotografiaba a todas, mientras Daniela les daba de inmediato un nombre para intentar calmar mi creciente inquietud. Si sobre el asfalto había algo peludo y con cola, demasiado grande para ser una rata y demasiado pequeño para ser un perro, ella decía "tlacuache". Si había algo que parecía un insecto, un grillo o tal vez una hormiga pero del tamaño de un ratón, ella decía "cara de niño". Sólo hubo algo que no pudo explicar: la piel dejada por una serpiente, a la que sin duda muchos automóviles le habían pasado por encima, porque tenía el grosor de una oblea. Una piel de serpiente, en apariencia simple, que hasta yo supe identificar. Pero cuando la miramos bien nos dimos cuenta de que en el lugar donde debería estar la cola había otra cabeza.

Por las noches me conectaba a Internet y me ponía a indagar sobre los animales que Daniela nombraba. Así es como me enteré de que la forma habitual de las tarántulas no encajaba con la que yo había fotografiado en Bacalar. Daniela se aburría con mis pesquisas y me arrastraba a la cama. Su cuerpo era una novedad para mí, pero tenía algo más a su favor: la conexión a Internet era lenta y se perdía constantemente. Así que yo dejaba que Daniela me alejara del monitor y me enredara entre sus piernas. Lamía el sudor que goteaba por sus muslos, mordía sus tobillos, succionaba los dedos de sus pies. En esos momentos lograba olvidar las cuijas, las libélulas, los zancudos y los gusanos que acechaban en las paredes y en el piso del cuarto.

En el sexo somos más animales que nunca.

Golfo Pérsico, Emiratos Árabes Unidos

Nunca antes se había subido a un camello. Y odió la experiencia. Le parecían animales que se dejaban llevar con una mansedumbre estúpida. Los caballos eran mejores: combatían y conquistaban junto con los ejércitos. Además, el trasero le dolió durante dos días. Su labor en el Proyecto Rojo comenzaba a agotarlo. ¿Por qué era tan importante? El general MacCarthy sabía muy poco al respecto. Se trataba de información clasificada, él sólo cumplía órdenes. Sin embargo, comenzaba a intrigarle. Se dio cuenta de que los estromatolitos tenían diferentes formas en cada lugar al que viajaba el equipo. En unos sitios parecían mantecadas, en otros hongos o pequeñas cúpulas. Los biólogos no decían una palabra al respecto; eran tan crípticos como los superiores del general. Lo único que MacCarthy conocía de aquellas extrañas formaciones era que estaban relacionadas con el surgimiento de la vida en el planeta. Eso, y también que estaba harto de los árabes y su parloteo incomprensible.

Pronto se convirtió en una obsesión. Me apresuraba a dar el taller y después recorría las calles de Bacalar en busca de alimañas. Mi

intención no era únicamente llevar un registro. Quería *saber*. Comencé a preguntar aquí y allá, y a mostrar las fotografías que tomaba con el celular. La gente se encogía de hombros o me miraba con rostro circunspecto. Sí, yo era un bicho de la ciudad. Daniela se alarmó. Arguyendo que mis pesquisas arruinarían mi reputación de escritor serio, intentó convencerme de que me olvidara del asunto. No hice caso: mis libros no se conseguían en Chetumal y sus alrededores; en realidad, yo era un desconocido en la región. Mi desdén hacia los consejos de mi amante no afectó nuestra relación. Seguíamos teniendo sexo por las noches. En cuanto terminábamos, me sentaba frente a la computadora, buscaba información, veía las fotografías una y otra vez.

Mi terquedad orilló a Daniela a tomar una decisión. Una noche particularmente calurosa, me dijo: "Vamos a dar un paseo". Al principio me rehusé, porque de noche la escasa iluminación de Bacalar impedía ver más allá de la propia nariz. "Será imposible localizar criaturas aplastadas", le dije. Luego pensé que quizá podríamos topárnoslas vivas, pues era probable que salieran de sus escondites al cobijo de la oscuridad. Eso me llenó de terror. "Te conviene", insistió, y terminó por convencerme. Caminamos en silencio bajo el cielo nocturno de Bacalar, entre sus calles llenas de ruidos misteriosos y a la vez tan quietas como un cementerio. Daniela me condujo hasta la zona costera que bordeaba la laguna y entramos en el Balneario Municipal. Yo había pasado por ahí días antes: era un lugar abandonado, una construcción que se quedó a medias —suponía— por falta de fondos. Conforme nos acercamos distinguí los restos de una carpa a la orilla de la laguna y una fogata. Sentado junto al fuego había un hombre de barba tupida y ropa andrajosa. Daniela me lo presentó como el profesor Hinojosa. Pensé que era el loco del pueblo y le recriminé con la mirada, pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado. Daniela encendió un cigarro y se alejó por el muelle, dejándonos solos.

Ésa fue la primera vez que escuché hablar de los estromatolitos.

Cuatro Ciénagas, Coahuila

El desierto mexicano lo impresionó. Sus habitantes le parecieron insignificantes y taimados, como todos los mexicanos, pero el paisaje era otra cosa. El escenario perfecto para batallas épicas. De hecho, sus ancestros habían perseguido indios a ambos lados de la frontera; las montañas altas y verdes que circundaban el valle algo sabían de ello. Estar ahí le hizo sentirse en contacto con su pasado. Fue el único lugar del que lamentó irse pronto. Y si tuvo que marcharse fue por el inesperado mensaje que recibió de uno de sus informantes. El general MacCarthy cogió sus cosas y se despidió de los miembros del Proyecto Rojo. Les explicó que se

trataba de una emergencia. Lo que más le contrariaba no era tener que cruzar todo el territorio mexicano hasta el sur, sino regresar a aquel sitio. Al pueblucho donde todo el periplo de los estromatolitos comenzó, y donde el general no tomó las precauciones necesarias. Ahora tendría que regresar a corregir su error.

Hinojosa sabía más de lo que yo hubiera imaginado. Más, incluso, de lo que me hubiera gustado saber. Mientras observaba a lo lejos la punta encendida del cigarro de Daniela moverse en la oscuridad como una luciérnaga, le hablé sobre los asuntos que me quitaban el sueño.

—¿Has oído hablar de los estromatolitos? —me preguntó, tras mirar las fotografías de mi celular.

—Nunca.

Hinojosa sacó una petaca, le dio un trago y me la ofreció. Era aguardiente barato, pero le hizo bien a mi ánimo.

—Son los organismos vivos más antiguos del planeta. Están conformados por capas de algas y bacterias. Hace tres mil quinientos millones de años, los estromatolitos desarrollaron la fotosíntesis, liberando oxígeno en la atmósfera, y eso a su vez formó la capa de ozono. Gracias a ello, la radiación ultravioleta fue contenida y la vida submarina pudo evolucionar fuera de las aguas. El mundo existe tal cual es hoy porque los estromatolitos introdujeron todos esos cambios. Son, en pocas palabras, los padres de todos nosotros.

—Entiendo —dije, devolviendo la petaca—. Pero, ¿eso qué tiene que ver con Bacalar?

—La laguna —respondió, levantando la quijada para señalar hacia las aguas oscuras—. Hay pocos lugares en el mundo donde aún se les puede encontrar. Bacalar es uno de ellos.

La punta roja del cigarro de Daniela había desaparecido. No podía saber si continuaba en el muelle o si escuchaba la conversación desde algún punto cercano.

—¿Y las criaturas de las fotografías?

Hinojosa me lanzó una mirada reprobatoria. Él era el maestro y yo el alumno impaciente.

—Hacia allá vamos —le dio un largo trago al aguardiente y continuó—: actualmente la NASA le está poniendo mucha atención a los estromatolitos. Tiene todo un proyecto para estudiarlos. Resulta que es un tipo de vida muy similar al que podría encontrarse en Marte.

—No mames —dije, y le arrebaté la petaca.

Hinojosa esperó a que bebiera. Luego continuó:

—La laguna de Bacalar fue el primer lugar al que vinieron los científicos de la NASA. Esta carpa es lo único que quedó del

campamento que montaron. Entonces sabían muy poco sobre ellos, y realizaron una serie de experimentos *in situ*. Incluso permitieron que un investigador local como yo se involucrara y llevara un registro. Cuando las cosas comenzaron a salir mal intenté denunciarlos, pero ellos desbarataron rápidamente el campamento, y también mi reputación con una serie de mentiras. Ahora nadie quiere darme trabajo…

—¿Qué fue lo que pasó?

—Es complejo y difícil de explicar. Lo importante es que los científicos se fueron antes de ver los resultados a largo plazo de su intervención. Pero yo lo he atestiguado. Y ahora tú también. En pocas palabras, aceleraron el metabolismo de los estromatolitos y ahora ellos están afectando a la fauna local. Es como si *los padres* estuvieran induciendo una nueva evolución… Ellos estaban aquí desde mucho antes que nosotros, y seguirán aquí cuando nos hayamos ido…

Hinojosa se detuvo. Veía más allá de la fogata y en su rostro se dibujó una mueca de terror. Seguí su mirada y vi que Daniela regresaba. Junto a ella venía un hombre. Tendría unos sesenta años y vestía ropa de camuflaje. Sin mediar explicación, sacó una pistola y le hizo una seña a Hinojosa.

—*Come with me, professor* —dijo.

Hinojosa me dirigió una última mirada. En su rostro había una mezcla de desesperación y resignación, la misma que se apodera de aquellos que saben demasiado y no pueden hacer nada con la información que poseen.

—Escribe sobre esto —dijo, y se levantó.

Al día siguiente, inventé un pretexto a los organizadores del taller y lo di por concluido antes de tiempo. Mientras hacía mi maleta, Daniela me observaba desde la cama, desnuda y con las piernas cruzadas a la altura de las rodillas. Lo dicho: las piernas de las mujeres me han arrastrado al naufragio pero también me han salvado de él.

—¿Estás molesto conmigo? —preguntó.

Quería marcharme lo antes posible. No deseaba conversar con ella; nuestro último encuentro sexual había sido una especie de tributo, el esclavo que le paga un favor a su amo.

—Molesto y agradecido, supongo.

—Tú lo sabes muy bien: de escribir no se vive. De algo me tengo que mantener, ¿no?

Cerré la maleta y la coloqué sobre el suelo.

—Hay cosas más dignas que ser la *oreja* de un militar gringo.

Daniela ignoró mi comentario. En el piso, al lado de la maleta, vi una cucaracha enorme. La aplasté, escuchando con un escalofrío el

crujido bajo la suela de mi zapato. Levanté el pie y lo volví a dejar caer con fuerza, para asegurarme de que el bicho quedara aniquilado. Luego le pregunté a Daniela:

—¿Por qué el militar no me hizo nada? ¿Le dijiste que había algo entre nosotros?

Daniela se rio. Descruzó las piernas y las estiró en la cama. Fue la última vez que las contemplé.

—Qué ingenuo eres. Le dije a MacCarthy que no teníamos que preocuparnos por ti. Que eras escritor y que si decías algo, nadie te creería.

Iba a responder algo pero preferí callar. Me puse la chamarra y eso me hizo sentir que me acercaba a la ciudad. Lo único que me confortaba en ese momento era saber que dentro de unas horas volvería a estar en casa. Abrí la puerta y salí de la habitación, sin despedirme. Antes de cerrarla miré al suelo.

La cucaracha había desaparecido.

TORRE LATINO

Para José Úzquiza, que encontró su casa en México

Mientras dormía soñó con el Hombre Hormiga.

Al despertar, lo primero que pensó fue en lo extraño de su sueño, pues aquel personaje era tan sólo un punto diminuto en lo alto de la cruz de Catedral. Aquella imagen pertenecía a una fotografía de 1920, colgada en uno de los muros del Museo de Sitio, ubicado en el piso treinta y ocho de la Torre Latinoamericana. Una multitud sepia observaba desde la plancha del Zócalo. En realidad, su sueño tenía que ver con esa masa expectante que acudía a atestiguar el prodigio del hombre que desafiaba las leyes de la gravedad. Todo un héroe. Sin embargo, para Jiménez fue un mal sueño, porque sufría de acrofobia. Y, en el sueño, él era parte de la multitud.

Lo segundo que pensó fue qué carajos hacía dormido a esa hora en la oficina, ubicada en el piso treinta y cuatro. Eran las once de la noche, la cabeza le dolía, tenía la boca pastosa y el aliento le apestaba a alcohol. Poco a poco, los acontecimientos del día se acomodaron en su cabeza: después de la comida hubo un brindis por Navidad, el jefe destapó la primera botella de vino blanco y luego de repartir los abrazos respectivos se marchó a una junta. Jiménez se sentía descorazonado y bebió con frenesí: sus súplicas de que lo trasladaran a otra oficina caían en oídos sordos. Debía seguir laborando desde semejantes alturas. Continuarían las taquicardias, el vértigo y los sudores excesivos.

El brindis se prolongó más de lo previsto; en algún momento, Jiménez se deslizó al despacho del jefe para recostarse en el sillón. Sólo diez minutos, se dijo, mientras se me baja la borrachera. Ahora se había despertado horas después, completamente solo en la oficina. ¿En verdad nadie me vio? No quiso lamentarse: aún podía llegar a la cena familiar. Llamó al elevador y bajó al vestíbulo, pero lo encontró a oscuras, vacío. El velador no aparecía por ningún lado. Lo que me faltaba, pensó. El infeliz pidió un permiso especial. Intentó abrir la puerta principal; como era lógico, estaba cerrada con llave. Del otro lado del cristal, algunos coches aguardaban la luz verde sobre el Eje

Central. Se puso a hacerles señas desesperadas. Nadie reparó en su presencia.

Sólo quedaba una opción, pero sabía que era mala idea: llamar a alguno de sus compañeros de trabajo y pedirle que lo ayudara a salir. Ya se imaginaba el escándalo que se armaría: "Jiménez se quedó dormido por borracho en la oficina del jefe". Lo correrían. El semáforo cambió de luz, los automóviles se alejaron y la avenida quedó desierta. Entonces lo aceptó: tendría que pasar la Nochebuena solo, en aquel rascacielos de pesadilla.

Jiménez pensó en lo irónico de su situación: el lugar en el que se encontraba había sido zoológico, convento, oficina de seguros y ahora su prisión. Un lugar que históricamente propiciaba el encierro. En medio de su desasosiego, tomó una decisión que incluso lo sorprendió a él mismo: regresaría al piso treinta y cuatro. Lanzó una última mirada al Eje Central y subió al solitario elevador. De regreso en la oficina, se puso a husmear entre los escritorios. Encontró una botella de vino abierta. Le dio un largo trago y, al tiempo que sentía cómo el alcohol lo reconfortaba, tomó la segunda decisión importante de aquella noche: recorrería la torre piso por piso, entraría en las oficinas que siempre representaron un misterio para él. Con la botella en la mano se dirigió al piso treinta y tres. Los pisos superiores los dejaría al último.

Su recorrido se detuvo media hora después, en el piso veintisiete.

En cuanto la puerta del elevador se abrió, se dio cuenta de que no era la única persona en el edificio. En esa oficina había una muchacha de vestido verde, sentada sobre un escritorio. Intentaba marcar el teléfono mientras prorrumpía en sollozos. Jiménez se acercó.

—Hola —dijo—. Yo también me quedé encerrado.

La mujer estaba despeinada; el rímel le corría por las mejillas.

—No puedo acordarme del número —dijo la mujer, con los ojos llenos de lágrimas.

Parecía bastante borracha. Jiménez imaginó que le había sucedido lo mismo que a él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

La mujer le arrebató la botella, le dio un trago y se calmó un poco.

—Hace un momento casi salto al vacío —dijo, señalando con la cabeza hacia el fondo de la oficina.

Jiménez se percató que de una de las ventanas estaba abierta. Un viento helado se colaba a través de ella.

—Vámonos de aquí —dijo, sintiendo un escalofrío—. Te voy a llevar a mi lugar favorito del edificio.

La tomó de la mano y la condujo por el elevador hacia el piso treinta y ocho. A pesar de los estragos que la bebida le había causado,

la mujer conservaba su atractivo. Jiménez se dio cuenta de que poseía un aire familiar pensó que la había visto antes. En el edificio, por supuesto, pero, ¿cuándo?

Llegaron al Museo de Sitio e hicieron el recorrido: del zoológico de Moctezuma al temblor del 85. Jiménez se lo sabía de memoria, pero hasta ese momento comprendió. El Centro Histórico era una conjunción de cosas que no terminaban de desaparecer, como mostraban los muros de la exposición: la antigua Universidad, la Casa de los Perros, el Hotel Regis, incluso la misma Tenochtitlan. Nada era una sola presencia, sino la suma de sus avatares.

Jiménez soltó el brazo de la mujer y regresó a su fotografía favorita: el Hombre Hormiga.

—Ven —dijo, sin dejar de mirar la imagen—. A este hombre lo envidio porque puede hacer algo a lo que yo no me atrevo: desafiar las alturas.

Giró la cabeza: la mujer había desaparecido. Sin eco de pasos, ni la estela de un perfume. Sólo el silencio.

Jiménez se sintió repentinamente lúcido y resignado. No tenía que buscarla. Sabía que, si lo hacía, no la encontraría. No en ese momento. La próxima Navidad, quizá, volverían a coincidir.

Regresó la mirada a la fotografía y, concentrándose, se buscó entre la multitud.

MAR DE LA TRANQUILIDAD, OCÉANO DE LAS TORMENTAS

Para Carlos y Jorge, y Jorge y Luis: en la casa de Amado Nervo, cuando la Luna aún era un sueño posible

En mi familia siempre hubo secretos, pero la locura no puede ocultarse. Durante mi infancia y adolescencia observé el comportamiento errático de mi primo Rodolfo sin comprender que lo aquejaba una enfermedad hereditaria. Para mí era el pariente excéntrico que, por si fuera poco, tenía un hermano gemelo. Rodolfo y Ernesto me llevaban quince años; sin embargo, conviví bastante con ellos en las comidas familiares que tenían lugar en casa de la abuela el último domingo de cada mes. Los primos de mi edad jugaban futbol en el patio o se ponían a hojear cómics de *El Hombre Araña*, pero yo prefería pasar tiempo con esos gemelos que me ponían en contacto con cuestiones misteriosas. Tenían un telescopio que llevaban a casa de la abuela, y en cuanto oscurecía lo subían a la azotea y se turnaban para mirar cosas distintas. Rodolfo tenía una fijación con la Luna, mientras que el objetivo de Ernesto eran las ventanas de los edificios vecinos. Uno me hablaba de cráteres y de los nombres de las zonas lunares; el otro, de mujeres y de lo que podrían estar haciendo tras las cortinas ondulantes.

Todo hombre tiene una obsesión. Así como vi a mis primos entregados a las suyas, yo no tardaría en descubrir la mía: contar las vidas de los otros. Desde muy joven entendí que mi destino estaba en las biografías. En reconstruir tanto las hazañas como los pequeños detalles que hacían a un personaje interesante. Lo que no sabía entonces era que hay que tener cuidado con las obsesiones, porque pueden terminar poseyéndote. No me refiero a mis primos. Ernesto le sacó provecho a la suya: se convirtió en un mujeriego envidiable. Rodolfo no tuvo alternativa: su genética lo condenó a separarse de la realidad. El que comenzó a meterse en dificultades fui yo, cuando dejé de redactar necrologías y me enfoqué en las historias de los vivos. Me convertí en un metiche, en un *voyeur* de acontecimientos ajenos, y durante cierto tiempo algunas revistas y editoriales me pagaron muy

bien por escribir las biografías de los famosos. Sin embargo, lo eché todo a perder. "Siempre es mejor quedarse con los muertos que con los vivos", decía mi abuela.

Yo no le hice caso, y además traicioné a mi propia sangre.

Un domingo, Rodolfo faltó a la comida familiar. A los pequeños se nos dijo que había sufrido un accidente automovilístico, que se encontraba delicado de salud. Meses después reapareció con muletas. Cuando completó su rehabilitación, caminaba de una forma extraña, como si tuviera una pierna más corta que la otra. Curiosamente, eso ayudó a diferenciarlo más rápido de su hermano, porque en verdad eran idénticos.

Como a muchos gemelos, a Rodolfo y a Ernesto les gustaba hacer bromas a sus parientes y amigos, confundiendo sus identidades. Cuando los primos menores nos hicimos lo suficientemente grandes para cambiar los cómics por ejemplares de *Playboy*, comenzó a circular un rumor entre nosotros: que Ernesto no se daba abasto con sus conquistas y que algunas veces Rodolfo le ayudaba, haciéndose pasar por él cuando las citas se le juntaban.

—Si eso es cierto —dijo José, el primo más avispado de todos—, entonces sólo puede significar una cosa: que Rodolfo es capaz de disimular su cojera.

Tras el accidente, el comportamiento anormal de Rodolfo fue aumentando hasta evidenciar la fragilidad de su cordura. Pero como la familia se empeñaba en esconder el oscuro secreto, no nos quedó más remedio que buscar nuestras propias y terribles interpretaciones:

—Rodolfo no tuvo ningún accidente: su padre lo arrojó por las escaleras porque no soporta tener un hijo tan raro…

—Él mismo se golpeó las piernas con un martillo para dejar de parecerse a su hermano…

—Lo atropelló una de las mujeres de Ernesto cuando descubrió el engaño…

La verdad, que me fue revelada tiempo después por mi tío Sergio durante una borrachera navideña, era más cruda y delirante: aquejado por las voces que cada vez escuchaba con mayor frecuencia, Rodolfo se arrojó de un puente peatonal con la intención de suicidarse. Sobrevivió, causándose un daño permanente en las piernas. Lo que los primos también ignorábamos era que pasó por el quirófano en numerosas ocasiones, hasta que múltiples clavos y prótesis le permitieron volver a caminar. Para el momento en que mi tío corrió el velo en torno a esa historia, mi primo vivía recluido en su casa, atendido por una enfermera de tiempo completo, y ya todos sabíamos el nombre de su enfermedad: esquizofrenia.

Durante una temporada —cuando empezaba a ganarme la vida haciendo biografías— visité a mi primo en su casa. Vivía en una doble prisión: el cuarto donde estaba confinado, y su mente, entregada por completo a fantasías complejas, delirantes. Sostener una conversación con él era una tarea desgastante. A veces, sin proponérselo, me obsequiaba imágenes de una extraña y siniestra poesía.

—Algo malo va a ocurrir —me dijo una tarde mientras jugábamos ajedrez.

—¿Sí? —respondí, mientras pensaba en cómo quitarme de encima un jaque.

Tras una larga pausa, en la que se escuchó claramente el tictac del reloj de la pared, Rodolfo continuó:

—Estoy completamente seguro de que algo terrible sucederá.

Moví mi caballo para proteger al rey.

—¿Por qué crees eso?

Rodolfo respondió con otra pregunta:

—¿No escuchaste el silencio anoche?

La mayor parte del tiempo, la mente de Rodolfo divagaba hacia tramas enredadas y paranoicas, en las que él siempre tenía un papel protagónico. Una de sus favoritas era aquélla en la que recibía llamadas telefónicas de un informante chino, quien le pasaba datos privilegiados sobre los planes de una inminente invasión a los Estados Unidos. Pero no se trataba de cualquier ataque: los chinos habían perfeccionado una técnica de guerra que consistía en crear fideos-parásitos que —una vez ingeridos a través de la sopa—, se instalaban en el cerebro de las víctimas y dominaban su voluntad. Y si se tomaban en cuenta las miles de sopas de fideo que China exportaba constantemente a los Estados Unidos, la victoria estaba garantizada.

—¿Y por qué te han elegido a ti para informarte? —me atreví a preguntarle una vez.

Su respuesta me sorprendió. No supe si por unos instantes recuperó la lucidez e ironizó sobre su condición o si tan sólo se trataba de una de las tantas manifestaciones de su ego enfebrecido.

—¿A poco no quisieras ser tú el primero en enterarte?

Nada me había preparado para lo que vino después. Fue algo que me dejó inquieto, y supongo que eso hablaba bien mí, pues como me dijo un famoso psiquiatra al que entrevisté en diversas ocasiones mientras escribía su biografía: “Nunca te acostumbres a las locuras de los locos, pues entonces tú también te habrás enfermado”.

Recuerdo que Rodolfo estaba sentado en su mecedora y miraba el

jardín a través de la ventana.

—Hoy por la mañana recibí una comunicación de Neil Armstrong —dijo, al tiempo que se pasaba la mano por la barbilla en actitud circunspecta.

Era una fantasía que le escuchaba por primera vez, y me intrigó. A mi mente vinieron el telescopio, las comidas en la casa de la abuela y otros recuerdos de la infancia.

—¿Quieres decir que te llamó por teléfono desde su casa?

Mi primo rio con condescendencia, como si yo fuera un niño que acabara de hacer un chiste ingenuo.

—No —dijo—. Neil Armstrong permanece en la Luna. Nunca regresó de allá.

En los días que siguieron, Rodolfo fue dándole cuerpo a la más singular de las historias que le escuché. Afirmaba que el célebre astronauta se comunicaba con él vía telepática, y que gracias a eso estaba conociendo "la verdad de los acontecimientos de aquel extraño verano de 1969". Su versión superaba a la famosa teoría de la conspiración —bastante arraigada en la cultura popular— que sostenía que el hombre nunca había pisado la Luna, y que todo fue un montaje perpetrado por la NASA con la ayuda del cineasta Stanley Kubrick.

—Sí fueron a la Luna —afirmó mi primo—. Pero lo que nadie sabe, y que se ha mantenido en secreto hasta hoy, es que, tras dar el primer paso y pronunciar sus famosas palabras, Neil Armstrong se adentró en la superficie de la Luna y desapareció. Jamás pudieron encontrarlo.

De acuerdo con la versión de mi primo, el Apolo 11 regresó sin el astronauta más importante, y desde el primer instante en que la tripulación apareció ante los medios de comunicación para hablar de su hazaña, Armstrong fue sustituido por un doble.

—La NASA no estaba dispuesta a quedar mal ante el mundo si algo no salía bien —dijo Rodolfo—, así que se habían prevenido con un doble de cada astronauta.

Según mi primo, todo eso explicaba muchas de las cosas que aún no se aclaraban en torno a la misión del Apolo 11: ¿por qué no existía ninguna foto de Neil Armstrong sobre la superficie de la Luna? ¿Por qué Buzz Aldrin, el segundo hombre que pisó el satélite, se volvió un alcohólico tras su retorno? ¿Por qué el supuesto Neil Armstrong vivía recluido en su casa de campo en Ohio y eludía a toda costa las entrevistas? Y, sobre todo, ¿por qué en las pocas ocasiones que aparecía en público, Armstrong era incapaz de explicar una cuestión esencial: ¿*qué se siente haber estado en la Luna*?

Aquellas dudas existían: lo vi en Internet, donde encontré diversos

foros en las que se analizaban con fervor. Eso no comprobaba nada, por supuesto, pero era la única ocasión en que los delirios de mi primo se sostenían en una base de realidad.

—Durante las siguientes cinco misiones —dijo Rodolfo— la prioridad secreta fue buscar a Armstrong. No era que esperaran encontrarlo con vida, pero la recuperación de su cadáver se volvió una obsesión para los dirigentes de la NASA, una especie de revancha ante ese primer fracaso. Cuando se dieron por vencidos, el programa Apolo se canceló y eso marcó el fin de la Era Espacial.

Lo que le sucedió a Armstrong, explicó mi primo, lo experimentaron también los astronautas de las siguientes misiones, sólo que para entonces ya iban preparados. Todos escucharon una música majestuosa e hipnótica, una especie de canto de las sirenas que los atraía hacia el lado oscuro de la Luna. Los que siguieron los pasos del primer astronauta sobrevivieron porque estaban atados al módulo lunar con cuerdas especiales. Desde 1969 a la fecha, Armstrong permanecía "retenido" en la Luna, y utilizaba imágenes psíquicas para comunicarse con la Tierra. Un tipo de comunicación que sólo las mentes "hipersensibles" podían captar. En pocas palabras, el astronauta más célebre de la historia estaba condenado porque sólo los lunáticos podían captar la frecuencia de sus mensajes.

—Recuerda —me dijo Rodolfo— que mientras hace una elipse alrededor de la Tierra, la Luna nunca gira. Siempre muestra la misma cara, por lo que nadie ha visto su lado oscuro.

—¿Y qué es lo que hay ahí? —pregunté— ¿Te lo dijo Armstrong?

—Nosotros somos la plaga —respondió, en tono críptico—. *Ellos* sólo quieren asegurarse de que nunca salgamos de nuestro planeta.

—¿Quiénes son *ellos*?

Mi primo volvió a prodigarme su risa bondadosa.

—Jamás lo entenderías. Porque ellos son lo que no somos nosotros.

Antes de que el trabajo comenzara a absorber la mayor parte de mi tiempo, y que dejara de visitar a Rodolfo, mi primo me contó una última historia sobre astronautas. Habló de Alan Bean, quien viajó en el Apolo 12 y se convirtió en el cuarto hombre en pisar la Luna. Tras su regreso, Bean siguió algunos años involucrado con la NASA, y en 1981 se retiró para convertirse en pintor. Y lo único que ha pintado desde entonces son escenas relacionadas con los alunizajes. Un artista obsesionado con el satélite, y con lo que él y sus demás colegas experimentaron en aquel sitio. De hecho, uno de sus cuadros más famosos se titula *Esto era lo que se sentía al caminar por la Luna*. Lo que se observa en esa pintura es al propio Bean, con su traje de astronauta sobre la superficie lunar, rodeado de una neblina de intensos verdes,

dorados y violetas.

—El canto de las sirenas interestelares —dijo Rodolfo—. Se trataba de música con color, pero el único que supo expresarlo fue Bean. Por eso resultaba tan hechizante: era una estela que tenías que seguir, casi como si pudieras palpar las notas.

—Ha de ser escalofriante —intervine— estar a cientos de kilómetros de tu planeta y sentir que una fuerza te quiere alejar aún más de él…

—¿Te digo una cosa? —el tono de mi primo se volvió repentinamente melancólico— Armstrong y yo también nos comunicamos con Bean, sólo que él no es capaz de entender de qué se trata, y entonces lo que hace es interpretar en pinturas la información que le enviamos. Cree que es su imaginación trabajando…

Dejé de escuchar a mi primo. Como Bean aún vivía, se me ocurrió que podría viajar a Estados Unidos y buscarlo para escribir su biografía. De todos los astronautas que pisaron la Luna, me parecía el más interesante. La editorial para la que trabajaba entonces sin duda se interesaría, y me pagaría el traslado y la estancia.

Como si me leyera el pensamiento, Rodolfo dijo:

—Hay un cuadro en particular que tienes que ver. Se llama *La Luna vista desde un sueño en la Tierra*.

—Un título poético —respondí por decir algo mientras me levantaba y me ponía la chamarra. Ahora tenía un nuevo objetivo: conocer al astronauta-pintor.

Antes de despedirme, mi primo agregó:

—En ese cuadro está la clave de todo.

Por más que lo intenté, el viaje no se dio en ese momento. La editorial tenía otras prioridades y el trabajo se fue acumulando. Dejé de visitar a Rodolfo pero, curiosamente, al que empecé a frecuentar fue a Ernesto. En aquel tiempo, mi primo mujeriego salía con una actriz de mi edad cuya fama comenzaba a despegar. Una revista me pidió que escribiera su historia. Acepté porque resultaría fácil y la paga era buena. Los tres salimos en varias ocasiones a tomar una copa, pero cuando empecé con las entrevistas sólo nos veíamos ella y yo. Se llamaba Patricia. Al principio veía nuestras citas como parte del trabajo, pero al poco tiempo descubrí que estaba obsesionado con ella. Era delgada, de senos puntiagudos; parecía sentirse cómoda con su cuerpo y, sobre todo, con su sonrisa: Patricia sonreía todo el tiempo. Quizá sólo estaba ensayando para las cámaras, pero yo no había conocido a ninguna mujer tan segura de sí misma. Ella me confesó que desde la adolescencia salía con hombres mayores que ella, como era el caso de mi primo, pero que últimamente comenzaba a interesarse por

los de su misma edad. “Ya no son tan tontos y tienen mucha más energía.” Lo dijo mirándome a los ojos, en una franca provocación. No lo pensé dos veces y me arrojé al vacío. Los días siguientes fueron un torbellino de moteles, borracheras y discusiones. Cuando pude darme cuenta del error que había cometido, ya era demasiado tarde. Nuestra aventura se hizo pública gracias a una fotografía publicada por un periódico sensacionalista. Ernesto estaba devastado —según me lo confirmó la propia Patricia— y la revista no volvió a contratarme, porque una de sus reglas era que los negocios y el placer no debían mezclarse.

Semanas después, Ernesto me marcó al celular. Mientras el teléfono sonaba y veía su nombre en el identificador de llamadas pensé en mi cobardía, en que debí haberlo buscado para disculparme. Era la primera vez que hablaríamos desde el escándalo y no me quedaba más remedio que enfrentarlo. Contesté, esperando una avalancha de insultos. Pero lo único que Ernesto dijo fue:

—Tienes que venir. Rodolfo se suicidó.

No me atreví a ir al funeral y me pasé toda la tarde pensando en mi primo muerto. En especial, recordé una comida en la casa de la abuela en la que Rodolfo utilizó el telescopio para mostrarme los diferentes accidentes de la Luna. Con mucha paciencia me fue mostrando cada uno y señalándome sus características. Me dijo que para Giovanni Battista Riccioli, quien hizo el *Atlas Lunar* en 1651, aquellas sombras semejaban mares, y por eso les dio sus peculiares nombres: Mar de la Tranquilidad, Océano de las Tormentas, Lago de los Sueños, Bahía de los Arcoíris…

—El Mar de la Tranquilidad es donde aterrizaron todas las misiones Apolo —me explicó—. Es una zona ideal porque es amplia y llana…

Y luego agregó algo que relacioné con su carácter extraño, pero que ahora entiendo plenamente:

—Por eso hay que buscar siempre el Mar de la Tranquilidad y evitar ahogarse en el Océano de las Tormentas.

Aquella tarde lloré con amargura, porque había perdido para siempre a mis dos primos más queridos. Lo que no sospeché entonces es que aún me esperaba un último encuentro.

Tres años después de la muerte de Rodolfo, me encontraba en Tucson, a las puertas de una galería y centro comercial de recuerdos especiales llamado Novaspace, que exhibía una exposición de Alan Bean. Fui a Arizona para entrevistar a un cazador de serpientes —encargo del periódico sensacionalista que publicó la fotografía en la

que salíamos Patricia y yo—, pero tenía la esperanza de que la galería me pusiera en contacto con el astronauta-pintor. Creía que, si conseguía hacer su biografía, las editoriales importantes volverían a interesarse en mi trabajo. Llegué muy temprano al lugar, luego de una noche de insomnio ante la expectativa de mi visita, y aún no abría sus puertas. Por su apariencia y sus colores, Novaspace parecía en realidad una sucursal de Kentucky Fried Chicken. Si algo tienen los gringos, pensé, es que todo lo pueden volver corporativo y anodino. Incluso una galería que exhibe las pinturas de un hombre que pisó la Luna.

Cuando por fin pude entrar, mi cuerpo resintió el golpe del aire acondicionado y me dieron escalofríos. Conforme fui recorriendo los cuadros pintados por Alan Bean, las sienes me palpitaban y sentía una presión en el pecho. No eran cuadros depresivos: tenían colorido, y en ellos los astronautas aparecían haciendo diversas labores sobre la superficie lunar. Sólo había dos pinturas que expresaban sentimientos. Ambas estaban protagonizadas por un solo astronauta en la misma posición: los brazos extendidos y la cabeza levantada. Una se titulaba *¿Hay alguien afuera?*, y la otra *Hola, Universo*. Entonces pensé que mi angustia provenía de algo que los cuadros reflejaban involuntariamente: una absoluta y asfixiante soledad. No la del paisaje lunar, sino la de la Tierra. Y tuve esta certeza: si uno hacía el ejercicio mental y emocional de ponerse en el punto de vista de los astronautas que miraron nuestro planeta desde el satélite, se podía vislumbrar el pánico del abismo interestelar. Allí arriba no había respuestas, y eso se palpaba en las pinturas de Alan Bean.

Sin embargo, uno de los cuadros guardaba una respuesta para mí. Cuando llegué ante él, tardé en descubrirla. Era la pintura a la que mi primo hizo referencia la última vez que lo vi. *La Luna vista desde un sueño en la Tierra* mostraba un eclipse lunar. No había nada más en ella, y la primera impresión que me provocó fue que se trataba de la menos atractiva de todas. Cuando me fijé en los detalles, mi corazón se aceleró. La clave estaba en la esquina inferior derecha. Ahí descubrí la firma de Alan Bean y una fecha.

El cuadro había sido pintado tan sólo un mes atrás.

Abandoné la galería en busca de aire fresco. La cabeza me daba vueltas, tenía la mirada vidriosa. Me desplomé en una banca y respiré con dificultad. Sentí arcadas, pero logré contenerlas. En ese momento, alguien se acercó a mí. Era una figura familiar. Me tallé los ojos con las manos porque creí soñar. ¿En verdad mi primo Ernesto me había seguido hasta ahí? ¿Era una casualidad o supo del cuadro por boca de su hermano? ¿Acaso esperó pacientemente mi viaje para constatar en persona el triunfo de Rodolfo? Entonces me di cuenta de que estaba

equivocado. Como siempre, las revelaciones me llegaban tarde, precipitándome al Océano de las Tormentas.

Mi mirada se aclaró. La figura que se aproximaba dejó de fingir y me condenó con su cojera.

COMO DOS GOTAS DE AGUA QUE CAEN EN EL MAR

Dio vuelta a la página y sus ojos lo detectaron de inmediato. Entre los cientos de letras su mirada se posó sobre él como si lo estuviera buscando. Creía haberlo olvidado, pero ahora que se lo topaba de nuevo —mientras un creciente hormigueo le recorría el cuerpo—, recordaba lo mucho que le había interesado. ¿Cuánto tiempo pasó? Un año exacto, pues entonces también era Año Nuevo. Sebastián acercó el periódico a su rostro y releyó. No había duda, se trataba de la misma oferta:

SE RENTA DEPARTAMENTO
Victoria 365, esquina Revillagigedo.
Informes: 5256-4777
Lic. Mario San Martín

Tomó el teléfono y marcó. Ya no pensaba mudarse: era una persona curiosa, nada perdía con preguntar. A lo mejor la renta era más baja que la que pagaba actualmente. El barrio y el edificio le gustaban, y quedaba muy cerca de la Secretaría de Gobernación, donde trabajaba. Sobre todo, tenía la sensación de que había dejado algo inconcluso. Aquella vez no pudo hacerse con el departamento. Y ni siquiera supo por qué. ¿En verdad la vida daba segundas oportunidades? Quizá sí, quizá ese lugar estaba destinado para él.

El tono de marcación sonó durante largos minutos. Sebastián rascó el descansabrazos del sillón, nervioso.

Esperó. Pero al igual que hacía un año, nadie contestó.

* * *

Tenía que ser una broma. Intentó distraerse preparando la cena para sus invitados de esa noche, pero no pudo dejar de pensar en el departamento. Había algo muy raro en todo aquello. Cuando intentó rentarlo la primera vez, Sebastián llamó durante una semana en

diferentes horarios, incluso en la madrugada; nunca obtuvo respuesta. El interés se transformó en capricho y visitó el edificio. No encontró al conserje, los vecinos no supieron darle referencias. Por esos días, el problema que tenía con su casero se resolvió y decidió olvidar el asunto de la mudanza. Poco tiempo después, fue a las tiendas del Centro y pasó por la calle Victoria. El letrero de SE RENTA colgaba de una de las ventanas exteriores del edifico. Sonrió, concluyendo que se trataba de un caso de negligencia, un casero descuidado al que tal vez no le urgía rentar su inmueble.

Ahora volvía a pasar lo mismo. Y sólo podía tratarse de dos cosas: o era una broma de mal gusto o algo turbio se escondía detrás de ese anuncio.

* * *

Era un enorme edificio *art déco*, situado justo en la esquina donde se cruzaban Revillagigedo y Victoria. Tenía tres entradas diferentes, de puertas de hierro anaranjadas; lo coronaban bajorrelieves en forma de flores y águilas. Por lo que se podía apreciar a través de sus ventanas, la mayoría de los departamentos era habitacional, pero también había bodegas que acumulaban cajas hasta el techo. No estaba restaurado; sin embargo, se alzaba en medio de los negocios que lo rodeaban con dignidad. Ésa era la ventaja de la arquitectura *déco*: por más que envejeciera nunca perdía la elegancia. Cuando Sebastián lo vio, sintió que algo lo ligaba a ese edificio. Tengo que vivir aquí, pensó. Cueste lo que cueste.

* * *

El tema salió en la sobremesa. Sebastián rellenó las copas de sus invitados, les habló sobre el anuncio que encontró en el periódico, la historia que había detrás.

—No creo en la reencarnación —dijo Sebastián, luego de dar un sorbo al vino tinto—, pero ese edificio me resulta familiar, como si hubiera vivido ahí en otra vida.

—No es el edificio —intervino Vicente, quien era maestro y además se dedicaba a dar visitas guiadas por el Centro—, es la ciudad. Hay tantas capas de historia co-existiendo, que a veces uno no sabe en qué época vive. El alma se desorienta, es como un constante *déjà vu*…

Ricardo regresó del balcón contiguo al comedor, donde fumaba. Sebastián tenía con él una añeja amistad que había sobrevivido a los inevitables pleitos, rivalidades y envidias durante más años de los que quisiera recordar. Esa noche, la cena era en su honor, pues acaba de

obtener un puesto en la Cámara de Diputados.

—¿Dónde dices que está ese edificio? —preguntó, mientras retomaba su lugar en la mesa.

—Revillagigedo y Victoria.

Ricardo envolvió la copa entre sus manos, pero no bebió.

—No me lo vas a creer: yo también quise rentar ese departamento y tampoco pude. ¿Hace cuánto llamaste?

—Un año —respondió Sebastián, sorprendido—. ¿Y qué pasó?

—Lo mío fue hace seis meses. Me contestó una grabación que recitaba una dirección en la colonia Juárez y los horarios de atención al público.

—¿Y fuiste?

—Sí. Me interesaba mucho. Fue justo cuando rompícon Verónica. Por alguna razón estaba convencido de que, si me mudaba a ese lugar, mis problemas sentimentales se solucionarían.

Ricardo hizo una pausa para darle un largo trago al vino. En medio del silencio expectante, Sebastián sintió ganas de arrebatarle la copa para que continuara.

—Pasó algo muy raro —dijo al fin—. La dirección me llevó a una librería de viejo. En ese momento estaba cerrada, así que regresé a casa. Luego tuve un viaje de trabajo y me olvidé del asunto… hasta hoy.

Alguien sugirió que volvieran a llamar en ese momento. Otro, que se organizara una excursión al "edificio maldito". Pero Sebastián fue cambiando poco a poco de tema. Sabía que Ricardo se quedaría hasta el final de la velada. Entonces hablarían de lo que correspondía hacer.

* * *

Sebastián y Ricardo tenían una complicidad que venía gestándose desde los tiempos de la facultad, aunque a la gente que los conocía le parecía que era más antigua, como si se hubieran criado juntos. Cuando estaban rodeados de amigos, como esa noche, no necesitaban comunicarse con palabras: un solo gesto bastaba para que se entendieran. Esa dupla que formaban les había sido muy útil para ascender en el mundo de la política. Aunque aún eran jóvenes, ambos ambicionaban con llegar a jefe de gobierno, y tenían un pacto al respecto: el que llegara primero le daría trabajo al otro, y prepararía el terreno para la sucesión. Así, asegurarían el gobierno de la ciudad por doce años. Hacían equipo en todo, incluso para cosas en apariencia insignificantes como averiguar por qué demonios un departamento no podía rentarse. Nada podía negársele a dos personas que ambicionaban apoderarse de la urbe.

* * *

La librería se llamaba Jorge Cuesta y estaba en el número doce de la calle Liverpool. Llegaron al mediodía. Fingieron que curioseaban en los estantes y, mientras tomaban volúmenes al azar, aprovechaban para observar discretamente a su alrededor. Ricardo hizo su parte: fue a la caja con un libro —ni siquiera se fijó en el título— y lo pagó. Después le preguntó al dependiente:

—Este local era antes una inmobiliaria, ¿no? Recuerdo haber venido a preguntar sobre un departamento en renta.

El dependiente lo miró con rostro serio.

—No. Antes era un restaurante de comida china.

Llegó el turno de Sebastián. Él sí se fijó en el libro que tenía en las manos: la tercera edición de *Farabeuf*, de 1971. Recordó haberlo leído en la universidad. Lo tenía abierto en la página sesenta y siete. Decía: “Permítanos ayudarle, querido maestro. Es necesario que recobre usted la imagen de su juventud. Es así como podremos apresar los datos más certeros. No olvide que en sus tiempos la lluvia empañaba los cristales igual que en nuestros días. ¿Es acaso diferente ahora de lo que era entonces?”

Sebastián sintió un escalofrío. Cerró el libro y lo compró. Mientras el dependiente lo metía en una bolsa, aprovechó para preguntarle:

—¿Conoce al licenciado Mario San Martín?

El dependiente cambió su rostro serio por una expresión de asombro.

—No lo conozco, pero hace tiempo vino un señor y dejó un paquete. Dijo que si alguien mencionaba ese nombre, debía entregárselo.

Se agachó detrás del mostrador; tras revolver en las gavetas puso un sobre de papel manila en sus manos. Por el peso y la forma, Sebastián adivinó que contenía un libro.

—¿Y cómo era el hombre? —preguntó.

El dependiente frunció el ceño. Después de meditarlo unos segundos, respondió:

—No lo recuerdo. Si no fuera por el paquete, juraría que lo había soñado.

* * *

Abrieron el paquete en casa de Sebastián. Era un ejemplar de *El Libro Rojo* de 1977. Lo hojearon detenidamente. En la página setenta y nueve encontraron un viejo recibo de la Compañía de Luz y Fuerza del

Centro por 51 688 pesos. El titular: Mario San Martín. El papel estaba colocado justo al inicio de una historia: “Los dos enjaulados”. Narraba la historia de Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirino, “los primeros tiranos que tuvo México después de la Conquista”. Aprovechando la ausencia de Hernán Cortés en la Nueva España, estos personajes dieron un golpe de Estado, propagaron el rumor de que el conquistador había muerto, y establecieron un gobierno en el que predominaban el abuso y el terror. Sin embargo, los partidarios de Cortés, comandados por Andrés de Tapia, sometieron a los usurpadores y los colocaron en unas jaulas de madera frente al palacio del conquistador, donde la gente los insultaba y les arrojaba piedras. Cuando Cortés regresó a la Nueva España los puso en libertad, y “desde entonces los nombres de Salazar y Chirino se pierden en la oscuridad, y desparecen como dos gotas de agua que caen en el mar.”

* * *

Cuando Vicente llegó estaban abriendo la segunda botella de vino. Sebastián y Ricardo le platicaron lo que habían hecho unas horas antes, y le mostraron el libro. El maestro ya conocía la historia de Salazar y Chirino; en cambio, mostró mucho interés en el recibo de luz guardado entre sus páginas.

—¿Qué piensas? —preguntó Sebastián mientras le servía una copa.

Vicente sopesó el libro en su mano. Era una edición más pequeña y manejable que la original.

—Yo creo que la ciudad les está tratando de contar una historia. Y cuando eso sucede, no queda más remedio que llegar hasta el final. Vayan preparados: lo mismo puede ser un regalo que una condena.

Ricardo se revolvió en el sillón, incómodo.

—Dinos qué debemos hacer ahora. Para eso te llamamos…

Vicente dejó el libro sobre la mesa y tomó la copa.

—Entren al departamento. Completen el relato.

* * *

Subieron por unas empinadas escaleras de granito al primer piso, donde se encontraba el departamento. El pasillo era pequeño y sólo albergaba dos casas, una enfrente de la otra. Estaban sumidos en la penumbra, ya que los rayos del sol que se colaban por el tragaluz de la azotea no alcanzaban a llegar hasta ahí. Entre las escaleras enroscadas se alzaba la estructura de un viejo elevador de rejilla ya inservible, en el que no cabrían más de dos personas. Venían acompañados de un cerrajero.

Un fajo de billetes convenció al conserje de hacerse de la vista gorda. La vieja cerradura cedió pronto. Sebastián y Ricardo le dieron doble propina al hombre y esperaron a que desapareciera escaleras abajo antes de abrir.

Nada los había preparado para lo que encontraron del otro lado.

* * *

Algunos años antes, Sebastián le había contado un sueño muy vívido a Ricardo. Mientras esperaban a que comenzara un acto solemne en Palacio Nacional, lo atrajo hacia una apartada esquina, y le confesó: "No sólo soñé que gobernábamos juntos esta ciudad", dijo con una mezcla de extrañeza y emoción, "sino que llevábamos mucho tiempo haciéndolo". En ese momento, la voz del maestro de ceremonias invitó a la concurrencia a tomar sus lugares, y la narración de Sebastián se interrumpió. Jamás volvieron a hablar de ese sueño, pero la idea los acompañaba a ambos, especialmente en las noches en que no podían dormir pensando en sus ambiciones políticas. "Recuerda el sueño", se decían a sí mismos cuando los problemas los abrumaban y las frustraciones parecían alejarlos del camino. "Recuerda el sueño y su promesa: esto ya ha ocurrido, y volverá a suceder."

* * *

Traspasaron el umbral. Las paredes fueron sustituidas por barrotes de madera. Un olor a orines y excremento llenaba el aire. La multitud los rodeaba, increpándolos, burlándose de ellos. Antes de que pudieran entender lo que sucedía recibieron pedradas, escupitajos en el cuerpo y el rostro. Nada fuera de la jaula les parecía familiar. Atrás de ellos había un palacio con una torre y un reloj. También una fila de palmeras. Pero lo más desconcertante era el cielo: de una transparencia y una luminiscencia que hería los ojos. Los dos hombres quisieron llamarse por sus nombres, pero no pudieron recordarlos. Se tiraron en el piso y, adoptando la posición fetal —como si volvieran a nacer—, se resignaron a recibir las humillaciones.

* * *

En cuanto la puerta del departamento se cerró una figura subió las escaleras, se detuvo en la penumbra del primer piso, y le echó llave a la cerradura. Después salió del edificio, alejándose con aire satisfecho por la calle de Victoria con rumbo al Zócalo. Le gustaba pasar tiempo en esa zona, mientras buscaba las huellas de su propio pasado en los

muros de tezontle y las hornacinas de los viejos edificios. Nunca debía olvidar, porque eso lo condenaría a él y —lo que era más importante— a la ciudad. Por eso daba las visitas guiadas, para mantener en forma una memoria añeja y desgastada. Aunque llevaba años recorriendo esas calles, nadie lo saludaba ni lo reconocía. Era más una sombra, un guardián, un reflejo de la urbe. Alguna vez se había llamado Andrés de Tapia, pero él sabía que el nombre era lo de menos. Los siglos vividos le dejaban clara una cosa: las personas siguen siendo siempre las mismas, lo único que cambia es la ciudad.

LA OTRA NOCHE DE TLATELOLCO

Su cerebro se encendió como un televisor. Era de noche, llovía y hacía frío, pero en su nueva condición esos detalles resultaban irrelevantes. Daría lo mismo que estuviera en el desierto, bajo un sol infernal, a cuarenta grados. Sombras y bultos se movían a su alrededor. Poco a poco, sus ojos se adaptaron, hasta que fueron capaces de enfocar y distinguir contornos. En realidad no veía como una persona normal; si tuviera noción de la vida que acababa de dejar atrás, pensaría que las cosas tenían un aspecto de fotografía en blanco y negro. Sin embargo, había un color que podía ver y que destacaba intensamente: el rojo. Además podía olerlo. *Le provocaba algo que en el pasado hubiera definido como* morirse de hambre. *Y en el lugar donde se encontraba había una alfombra de sangre. Intentó moverse, pero sus ondas cerebrales aún no conectaban con sus engarrotados músculos. La sangre llamaba su atención, igual el movimiento. Las cosas que iban y venían dentro de su campo de visión, pero también el propio. Ése que aún no conseguía gobernar. Porque era un recién nacido de dieciocho años. Tan fuerte y tan torpe a la vez. Él no se daba cuenta de ello, por supuesto. No había pensamientos dentro de su cabeza; sólo una energía, tan oscura y antigua como la primera noche de la Tierra. Una energía hecha de hielo y de viento. La misma que ahora reanimaba su cuerpo, venciendo un letargo que, se suponía, debía ser eterno. Justo antes de que sus articulaciones lograran coordinarse, permitiéndole alzarse como un autómata de carne y vísceras, algo ocurrió. Una imagen salida de lo más profundo de su antigua conciencia apareció dentro de su cabeza, agitando su tieso corazón. A partir de ese momento, la tendría sobrepuesta en todas las cosas que sus ojos contemplaran, proporcionándole un objetivo distinto al de alimentarse. Aquella imagen que se tatuó en la mente era un rostro. Uno al que no podía darle nombre, ni dirigirle la palabra, ni siquiera reconocerlo. Sin embargo, ahora todos sus impulsos estaban enfocados hacia ese poderoso imán.*

Al amparo de la noche y las ruinas prehispánicas, el autómata se escurrió hasta una calle lateral y abandonó el lugar de la masacre.

Atención: General Marcelino García Barragán
Secretario de la Defensa Nacional

Clasificación del informe: CONFIDENCIAL

Eran cerca de las once de la noche, y la situación en la Plaza de las Tres Culturas parecía bajo control; sin embargo, se escuchaban disparos esporádicos cerca del edificio Chihuahua. Como se le informó a usted previamente, aún se retenía a varias personas —entre ellas algunos miembros de la prensa internacional— a un costado de la iglesia de Santiago Tlatelolco, en espera del momento adecuado para liberarlas. Se les mantenía contra la pared, y con las manos en la nuca, para evitar que observaran lo que ocurría a su alrededor. En la zona de los vestigios arqueológicos yacían los cadáveres de trece estudiantes que aún no habían sido retirados por los equipos de limpieza. Los custodiaba un grupo de soldados comandados por Jesús Bautista González, integrante del Cuarto Batallón de Infantería. Entonces sucedió lo inexplicable. En palabras de Bautista, todo ocurrió "como en una película en cámara lenta". Ante la incredulidad de los soldados, los estudiantes que daban por muertos comenzaron a levantarse "sangrando por la boca y mostrando los dientes con la evidente intención de atacarnos". Los elementos del ejército reaccionaron y acribillaron a los agresores, sin poder evitar que un soldado fuera mordido en un brazo. Se le atendió ahí mismo, y continuó con sus labores, pues la herida no era de consideración. Tras el incidente, Bautista tomó precauciones: se encargó personalmente de rematar a los agresores con un tiro en la cabeza. "Apestaban como si llevaran horas muertos", explicó. "Pero eso no podía ser. Sentí que estábamos confundidos y exhaustos, así que saqué un paquete de cigarros y todos nos pusimos a fumar."

Minutos después, cuando el equipo de limpieza finalmente pasó a recoger los cadáveres para trasladarlos al Servicio Médico Forense, se detectó otra anomalía. "Conté los cuerpos en las camillas y eran doce", afirmó Bautista. (Cabe aclarar que su declaración fue tomada en las instalaciones del Hospital Central Militar, donde se le atendía de un *shock* postraumático. Sufría fuertes temblores, su piel estaba pálida, y miraba hacia la nada con pupilas dilatadas). Después agregó: "Juro por mi madre que antes del ataque eran trece cadáveres. Y si uno de ellos pudo volver a levantarse y escapar, eso sólo significa una cosa: que hay un puto muerto viviente suelto en las calles de la ciudad".

* * *

Julia no durmió. Las escenas de las últimas horas se agolpaban en su cabeza como una pesadilla. Encontrarse en la seguridad de su cama sólo empeoraba su estado de ánimo. Quería salir y buscar a Germán,

pero sus padres no se lo permitían. Le dijeron que por el momento no era conveniente involucrarse. Que debía quedarse en casa y no llamar la atención. Ya recibiría noticias de su novio… A pesar de que Julia apretó los párpados, las lágrimas continuaron brotando. ¿Cómo demonios había ocurrido aquello? Ese día cumplían seis meses juntos; decidieron celebrarlo asistiendo al mitin en la Plaza de las Tres Culturas para repartir propaganda en apoyo al movimiento estudiantil. Y en un segundo el mundo se desintegró con la fuerza de las balas. En la mente de Julia todo era confusión. Recordaba las bengalas en el cielo, los helicópteros volando al ras del suelo, los disparos que comenzaron a sonar muy cerca de donde ellos se encontraban. A partir de ahí, no podía reconstruir una secuencia de hechos. Tenía imágenes aisladas, como escenas tomadas de una película de terror. Sólo una cosa estaba clara: cuando el caos se desató, Germán la tomó de la mano, y le gritó: “No te sueltes”, pero ante los embates de la multitud que corría despavorida terminaron separándose. Julia se quedó sola entre miles de personas que gritaban o caían con la cabeza reventada por los proyectiles. En el momento en que se desprendió de Germán, ella sintió como si le hubieran arrancado el brazo, aunque estaba ilesa. Había sido un dolor interno, un desgarro en el corazón. Entonces se detuvo en medio de la plaza y comenzó a gritar su nombre. Era como si se encontrara dentro de un sueño: por más que alzara la voz, ni ella misma podía escucharse. Julia se hubiera quedado ahí gritando hasta que la bayoneta de un soldado la partiera en dos, pero unas amigas la arrastraron hasta la avenida, donde se metieron en un coche que iba pasando. Un Volkswagen, eso Julia lo recordaba muy bien. De lo que no tenía idea era cómo le habían hecho para caber todas en ese vehículo tan pequeño. Días después, cuando hablara con otros compañeros de clase, se enteraría de que muchos estudiantes fueron ayudados por automovilistas que se solidarizaron con ellos mientras huían de la matanza…

Ahora, envuelta en la penumbra de su habitación, hasta el silencio parecía una amenaza. Las gotas de lluvia se arrastraban por la ventana como si tuvieran vida propia. Y el bulto de su ropa tirada en el suelo semejaba un animal agazapado esperando el momento de saltar sobre su presa.

Julia apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas, intentando que ese dolor ahogara el que sentía cuerpo adentro.

Un edificio de ladrillo rojo. El autómata era incapaz de pensar, sólo seguía impulsos. Sus pies se habían movido hasta llevarlo ahí. Él no se dio cuenta, pero su aspecto no llamó de manera particular la atención porque en ese momento muchos estudiantes caminaban por las calles con las ropas ensangrentadas. La imagen tatuada en su mente producía un pulso, una

vibración que lo conectaba con su antiguo yo. Y era justo frente al edificio de ladrillo rojo donde lo sentía con mayor potencia. El problema —que por supuesto él no detectaba— era que se había parado en medio de la calle. Un coche se acercó y se detuvo a su lado. El conductor bajó la ventanilla y le preguntó: "¿Estás bien? ¿Quieres que te lleve a algún lado?" Atraído por el sonido de la voz, el autómata giró la cabeza. El hombre al volante profirió un grito, y arrancó a toda velocidad. En la esquina, un grupo de indigentes observaba la escena. Habían improvisado un refugio bajo el zaguán de un local abandonado. Tenían un par de sillones desvencijados, un carrito de supermercado con sus pertenencias. Bebían alcohol del noventa y seis e inhalaban pegamento. Uno de ellos se aproximó al autómata, lo jaló del brazo y lo llevó hasta el refugio. Le ofreció la botella, y con una sonrisa chimuela le dijo: "Ven. Eres uno de los nuestros".

Atención: Luis Echeverría Álvarez
Secretario de Gobernación
Clasificación del informe: CONFIDENCIAL

De acuerdo con su petición, diversos especialistas fueron consultados para esclarecer el incidente ocurrido en la Plaza de las Tres Culturas. Médicos, científicos y psiquiatras coincidieron en que una situación como la reportada por los soldados resulta imposible, y que su testimonio es producto de un episodio de histeria colectiva, dadas las circunstancias de estrés y violencia a las que estuvieron sometidos durante horas.

Sin embargo —y conforme a su indicación de no pasar por alto ningún detalle—, llama la atención lo declarado por Francisco González Rul, arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien hasta 1964 fue el encargado de las excavaciones en el recinto ceremonial de México-Tlatelolco; puesto del que fue separado tras las presiones de los urbanistas que planeaban la construcción de un espejo de agua que circundaría la iglesia y el convento de Santiago. González Rul cayó en una profunda depresión tras su despido, y posteriormente fue ingresado en una clínica privada, donde permanece hasta el momento.

A continuación, se reproduce un fragmento de su testimonio: "Sabía que algo terrible iba a ocurrir en ese lugar. Los huesos hablan, y yo vi las señales en ellos. Particularmente en el denominado Entierro 14. Guardo decenas de libretas con anotaciones al respecto. Los huesos tenían marcas, indicios de que las partes más carnosas de los músculos habían sido desprendidas. La prueba del canibalismo ritual azteca. Con un fémur en las manos, miré hacia la plaza y vi una ola de sangre que se abatía sobre los edificios. Tlatelolco fue el último bastión de los mexicas durante la conquista, y tiene perfecta lógica que su regreso

parta de este epicentro. Cada tumba que se excava, cada fragmento de pirámide que sale a la luz, no hace sino confirmar que ellos nunca se fueron, que tan sólo han estado esperando el momento preciso para recuperar lo que les pertenece. Y para eso se requería de un sacrificio monumental. El gobierno cree que reprendió a los estudiantes, pero lo único que consiguió fue marcar el principio del fin.”

* * *

A la mañana siguiente, Julia evadió la vigilancia de sus padres, escapó de casa, y con la ayuda de su amiga Ana se dedicó a buscar a Germán. Recorrieron delegaciones, hospitales y anfiteatros. La morgue de la Cruz Roja era la más impactante. Ahí vio muchos cadáveres traídos de Tlatelolco. Estudiantes en su mayoría, pero también madres y niños. Le llamó la atención que todos los cadáveres estaban descalzos. Entonces una imagen olvidada de lo ocurrido la tarde anterior regresó a su mente con la fuerza de las revelaciones. Mientras era conducida por sus amigas hacia la salvación, vio en el suelo de la plaza un extraño y contundente testimonio de aquel horror: Tlatelolco era un jardín en el que florecían los zapatos de los muertos…

Por la noche, Julia y Ana terminaron su peregrinaje, tan exhaustas como descorazonadas. Germán no estaba por ningún lado. Y más que sentir esperanza, interpretaron ese hecho como una terrible señal.

Cuando regresaban a casa a bordo del taxi colectivo, Julia observó las luces encendidas dentro de las casas. La gente cenaba o veía televisión. ¿Cómo podían hacerlo después de lo sucedido? Para ella, nada volvería a ser igual. Comprendió entonces que había algo peor: que la vida siguiera su curso normal. A pesar de lo que sentía, no se cambiaría por ninguna de las personas que se movían como fantasmas detrás de las ventanas.

Memorándum de la Secretaría de la Defensa Nacional a la Secretaría de Salud
Clasificación: URGENTE / CONFIDENCIAL

El soldado que fue atacado durante el incidente en la Plaza de las Tres Culturas, y que responde al nombre de Ernesto Morales Soto, fue ingresado al Hospital Central Militar, debido a que su salud se deterioró de manera dramática de un día para otro. No hay un motivo claro para esta situación, ya que —según los testimonios de sus compañeros— sólo fue mordido por uno de los estudiantes. Morales Soto presenta los síntomas de un severo cuadro infeccioso, por lo que se solicita el envío de especialistas a este nosocomio. El médico que lo

atiende sospecha que se trata de un virus desconocido y teme un posible brote. De momento no se ha podido aislar al paciente, pues las instalaciones del hospital están rebasadas por la gran cantidad de heridos que ingresaron en las últimas horas.

Se ruega su pronta respuesta a esta emergencia.

Boletín de la Policía Judicial del Distrito
A todos los agentes:

Se identificó al alumno que participó en el incidente de la Plaza de las Tres Culturas y que escapó a la vigilancia de los soldados. Responde al nombre de Germán Solís Enríquez y es considerado altamente peligroso. Se requiere su detención, vivo o muerto.

Se anexa fotografía.

* * *

Era la hora del descanso. Los alumnos de la Vocacional 1 se encontraban en el patio central. El autómata era ajeno a eso, pero sintió un aumento considerable en la energía que emanaba del edifico de ladrillo rojo. Abandonó el refugio de los indigentes, quienes dormían profundamente, y avanzó hacia el origen del pulso. El vigilante de la entrada se quedó petrificado al verlo cruzar la puerta; una vez que logró recuperarse, tomó su radio y se comunicó con la policía. El autómata entró al patio, provocando la desbandada de los alumnos, que corrían y gritaban, dejando caer sus refrescos y bolsas de papas. Algunos permanecieron en los costados, y en el barandal del primer piso asomaron un montón de curiosos que querían fisgonear desde un lugar más seguro. Una sola persona permaneció al centro del patio, impávida mientras el autómata se aproximaba con pasos torpes. En el camino, el brazo derecho se le desprendió con un crujido, y cayó al suelo, provocando una nueva oleada de gritos.

La imagen tatuada en la mente del autómata concordaba con la del rostro que ahora tenía enfrente.

Julia se enjugó las lágrimas y esbozó su mejor sonrisa.

—Te he estado buscando —dijo, con un tono de voz que mezclaba miedo y emoción.

El autómata ladeó la cabeza. La vibración estaba en su apogeo y producía en él un efecto que podría definirse como sedante. Julia vio el orificio de bala que tenía en el pecho, y le pasó amorosamente los dedos por la herida. Ella no lo sabía, pero era el disparo que le quitó la vida, tan sólo diez minutos después de que sus manos se soltaran en el caos de Tlatelolco. El otro agujero que tenía a un lado de la ceja

izquierda, era el tiro con el que Bautista lo remató; la mano temblorosa del soldado hizo que la trayectoria atravesara su cabeza sin tocar el cerebro.

—Tu camisa favorita se estropeó —fue lo único que atinó a decir Julia en ese momento—. ¿Te acuerdas cuando fuimos a comprarla a la Zona Rosa?

Los ojos del autómata centellearon un instante, luego volvieron a ser una gelatina gris. Un francotirador apareció en el techo. Julia pudo ver cómo se apoyaba en la cornisa y apuntaba con su rifle. Sus amigas le gritaron que se alejara. El director de la Vocacional, atrincherado en su oficina, utilizó los altavoces para pedírselo también. Ella escuchaba aquellas súplicas a lo lejos, como si aún no despertara, y los ruidos se colaran débilmente en su sueño.

Julia tomó una decisión. Una que, sin sospecharlo, representó a todos los estudiantes que sobrevivieron a la masacre: si la vida iba a ser una pesadilla, entonces ella no quería despertar.

Acercó sus labios a los de Germán y lo besó.

El francotirador recibió la orden. Su disparo fue certero: atravesó limpiamente las cabezas de ambos.

Segundos antes de que eso ocurriera, y de que su muerte en vida se apagara definitivamente, el autómata respondió al impulso de Julia. No la besó, porque ya no recordaba qué era eso.

Lo que hizo fue morder sus labios.

Su cerebro se encendió como un televisor.

El soldado Ernesto Morales Soto acabada de ser declarado muerto. El médico que lo atendía lo cubrió con una sábana y le dio la espalda, exhausto. Por eso no pudo ver lo que sucedió a continuación. Lo último que pensó fue que nunca había vivido una jornada como aquélla, y que probablemente nunca volvería a vivir otra igual.

No se equivocaba.

El autómata apartó la sábana y se incorporó. Tenía un hambre que los vivos eran incapaces de comprender, porque no se detenía nunca. Era primitiva, y su único objetivo consistía en crecer hasta llenar un cuerpo vacío.

Cuando no hay pensamientos, ni sentimientos, ni recuerdos, lo único que queda es eso.

HAMBRE.

El autómata abrió las mandíbulas, se abalanzó sobre el médico, y de un mordisco desató la epidemia.

EL CIEGO

1

La primera vez que vi al viejo me preguntó la hora. Estaba afuera de su departamento, en el primer piso, recargado en el quicio de la puerta, con el bastón entre las manos y la mirada perdida. Yo bajaba del piso superior, donde se encontraba mi casa; me llamó la atención su espigada y frágil figura, con la carne pegada a los huesos, la nariz aguileña resaltando en su rostro, apuntando decididamente hacia el suelo, como si la gravedad la hubiera vencido antes que al resto de su cuerpo. Tenía unos mechones de cabello gris detrás de las orejas y le costaba trabajo jalar aire; su respiración era en realidad un estertor prolongado. Le calculé más de noventa años. “Son las cuatro de la tarde”, le dije, y agregué: “¿Se le ofrece algo?” Me di cuenta de que no me miraba a los ojos, que se guiaba por el sonido de mi voz, por lo que deduje que era ciego. Ciego y solo, pensé. Este hombre debería estar en un asilo. El viejo dijo que no, me dio las gracias, y yo continué mi camino escaleras abajo.

Vivía en un edificio de los años cuarenta en la calle de Ayuntamiento, cercano a Bucareli, en esa extraña zona que es la frontera entre el Centro de la ciudad y la colonia Juárez. Un lugar que en épocas pasadas fue un tranquilo paseo adornado con árboles y fuentes, recorrido por carruajes, ahora convertido en un sitio decadente, con edificios históricos en ruinas o invadidos por paracaidistas. Además, constituía el epicentro de manifestaciones y plantones debido a la proximidad con la Secretaría de Gobernación. Carmen, mi mujer, solía quejarse del ruido y del caos; había un antro de música cubana justo enfrente de nuestro edificio, y a un costado un Politécnico cuyos alumnos invadían la banqueta por las tardes, armados con caguamas y churros de mota. Yo le pedía que fuera paciente. Le recordaba que aquella situación era transitoria: en cuanto me otorgaran la beca que había solicitado nos mudaríamos a un lugar más tranquilo.

Otro día, mientras subía las escaleras de granito, me volví a topar con el anciano. “¿Quién eres?”, me preguntó con su voz cascada. “Soy

el vecino del seis", le respondí, aproximándome. Me pidió que lo ayudara a tomar sus medicinas. Me hizo pasar a su departamento. Para mi sorpresa, no lucía tan deprimente como cabía imaginar. Los muebles eran viejos, pero haciendo a un lado ese detalle, la casa se veía recogida e iluminada. Alguien ha de venir a ayudarle, pensé. Una sirvienta de entrada por salida. Parecía que no tenía parientes, o al menos no alguno que quisiera estar en contacto con él. En la mesa del comedor había una serie de pequeños frascos con goteros y un vaso con agua. Me los fue entregando uno a uno, indicándome cuántas gotas correspondían a cada medicina. Cuando terminé de preparar su mejunje, el anciano tomó el vaso con mano temblorosa y comenzó darle pequeños sorbos, como si hubiera olvidado que yo estaba ahí. Aproveché para mirar con detenimiento a mi alrededor. Vi que en la pared de la sala colgaban varias fotografías antiguas. Algunas eran retratos de familia, otras individuales. Destacaba una fotografía en colores sepia del rostro de una niña. Tenía los cabellos claros, le colgaban en forma de bucles hasta los hombros, y poseía los mismos ojos tristes del viejo. "¿Su hija?", le pregunté, señalando con una mano hacia el retrato. Me percaté de mi estupidez y añadí: "Me refiero a la niña de la fotografía". Los ojos del anciano parecieron iluminarse por un segundo. Dejó el vaso sobre la mesa, me tomó del brazo con una mano que parecía una garra y con una fuerza inusitada me condujo a la puerta. "Muchas gracias por su ayuda, joven", dijo, sacándome de su casa. Después cerró con un portazo.

Aquel episodio me dejó intrigado y decidí averiguar más sobre mi extraño vecino. Quería hablar con el señor Cinquetti, un jubilado que llevaba treinta años viviendo en el edificio, y que conocía la historia de todos sus inquilinos. También podía espiar al viejo, aprovechándome de su ceguera. Durante la cena le comenté mis planes a Carmen. "Quizá pueda escribir algo al respecto", agregué. "El hecho de ser narrador no te autoriza a meterte en la vida de los demás", me dijo, con su habitual desconfianza hacia mis pesquisas. "Deja a ese pobre viejo en paz." Mientras tomaba el cuchillo para partir un pedazo de pan, añadió una frase que, lejos de desanimarme, me persuadió a continuar: "Recuerda que el que busca encuentra".

2

El señor Cinquetti debía tener cerca de ochenta años, pero poseía una salud envidiable. Vivía un piso arriba del mío. Todos los días bajaba las escaleras para salir a comer o ir de compras. Se movía despacio en los escalones, sosteniéndose con firmeza del barandal de hierro, y saludaba con buen humor a quien se cruzara en su camino. Había

trabajado en la oficina de correos la mayor parte de su vida; ahora que estaba retirado se hacía cargo de algunas tareas del edificio, como repartir la correspondencia, recibir al camión del gas o mostrar los departamentos en renta. Era una especie de conserje voluntario del edificio, y los inquilinos le teníamos aprecio.

Una tarde timbré en su puerta con el pretexto de preguntarle si había llegado el recibo de la luz y aproveché para sacarle plática. Cinquetti era viudo, no tenía hijos, siempre estaba dispuesto a conversar. Nos sentamos en la sala y me mostró algunas páginas de las memorias que preparaba. Él sabía que yo era escritor y quería una opinión "profesional". Su prosa era recargada, divagaba mucho. Hablaba sobre sus antepasados italianos que emigraron a México a finales del siglo XIX. Al tercer párrafo perdí el hilo. Sin embargo, la última página terminaba con una frase que se me quedó grabada: "Escribo todo esto porque estoy rodeado de fantasmas. Pero hasta ellos han comenzado a desaparecer". Carajo, pensé. ¿Qué le puede quedar a un anciano si pierde contacto con sus fantasmas? El terror del vacío absoluto.

Tras darle a Cinquetti una opinión condescendiente sobre sus memorias, le pregunté por el viejo del departamento tres.

—Se llama Aurelio —dijo—. Nos conocemos desde hace tiempo. Solíamos comer juntos, pero ahora casi no conversamos. Se ha vuelto un tanto huraño.

—¿Y su familia? ¿Alguien lo visita? —pregunté— Me da la impresión de que está muy solo.

Sobre la mesa había un plato con galletas. Cinquetti tomó una y le dio pequeñas mordidas.

—Aurelio siempre ha estado solo —dijo—. Fue hijo único, nunca se casó ni tuvo descendencia.

La respuesta me desconcertó. Por las fotografías que colgaban de las paredes de la sala, el viejo parecía haber tenido una familia numerosa. Y además estaba la niña. El parecido en el rostro, los mismos ojos que miraban con una melancolía desesperada.

—¿A qué se dedicaba? ¿Era fotógrafo? —aventuré.

—¿Aurelio fotógrafo? —dijo Cinquetti con extrañeza— ¿Qué te hace creer eso?

Pensé en hablarle de los retratos, pero me abstuve. Cinquetti podría tomarme por un fisgón entrometido. Y yo lo era —todos los escritores debemos serlo si queremos escribir buenas historias— pero no me gustaba delatarme.

—No lo sé —mentí—. Quizá porque tengo un sentido trágico de las cosas: el fotógrafo que se quedó ciego.

Cinquetti me clavó la mirada.

—No andas tan errado. Aurelio era valuador de objetos. Lo que más dinero le dejaba eran las joyas, pero él prefería otro tipo de antigüedades. Muchos propietarios de tiendas acudían a consultarlo. Cuando comenzó a perder la vista no le quedó más remedio que retirarse. Ahora vive modestamente de sus ahorros.

Minutos después me despedí de Cinquetti y regresé a mi departamento. Justo cuando planeaba prender la computadora, comenzó a llover muy fuerte y se fue la luz. Los apagones siempre me han puesto nervioso. No sé si sea un síndrome del hombre moderno, pero a mí me inutilizan. Carmen aún no volvía del trabajo; como no podía hacer otra cosa, me senté en la penumbra a esperar.

El tiempo pasó con lentitud y me puse a pensar en el viejo. Lo imaginé en su condición de ciego, indiferente a la división del día y la noche, moviéndose hábilmente en la oscuridad. Recordé una frase de Ernesto Sábato sobre los invidentes, y la sangre se me heló: “Abundan en los subterráneos, por esa condición que los emparenta con los animales de sangre fría y piel resbaladiza que habitan en cuevas”. Entonces tuve una certeza que comenzó a crecer con el paso de los días: aquel viejo podía ser una amenaza.

3

El viejo salía continuamente al umbral de su puerta para interceptar a los vecinos. Las medicinas no eran el único motivo. Si se iba la luz o no pasaba la basura, si necesitaba abrir un frasco cuya tapa se había puesto dura o se le descomponía el flotador del escusado, él acechaba pacientemente el paso de algún inquilino en el pasillo. A partir de que decidí espiarlo, procuré no prestarle ayuda, sino dedicarme a observar y catalogar sus peticiones. Sé que mi actitud era tan egoísta como cruel, pero si los escritores no somos egoístas y crueles no llegamos a ningún lado. Al menos, a ninguno que sea interesante. Con absoluta desfachatez me sentaba al borde de las escaleras de mi piso, desde donde podía observarlo a través del barandal. En una pequeña libreta anotaba la cantidad de veces que salía a su puerta durante el día, los minutos que transcurrían hasta que pasaba algún vecino, y el tipo de favor que solicitaba. Aquella minuciosa labor me hacía parecer un psicópata, pero así me comporto cuando indago un posible tema literario. Por supuesto, cuidé que Carmen no viera esa libreta. No sé si a otros escritores les pase igual, pero yo no puedo permitir que los demás conozcan todas las ideas extrañas que me pasan por la cabeza. Si mi mujer pudiera atisbar en la cantidad de basura mental que acumulo, me abandonaría de inmediato. ¿A dónde me llevarían aquellas anotaciones? ¿A un relato? ¿Al inicio de una novela? ¿A un

ensayo sobre la vejez? ¿Era sólo un pasatiempo? Imposible saberlo. Esa incertidumbre fue la que me impulsó a continuar.

En una ocasión, me di cuenta de que el timbre del viejo se había quedado pegado. Uno de los hombres de la basura solía pulsar los botones del interfón para anunciar su presencia; lo hacía de manera brusca e insistente, sin importarle que fuera temprano. El timbre del departamento tres se quedó trabado y el viejo salió al pasillo en busca de alguien que pudiera arreglarlo. Yo permanecí en mi posición habitual, espiándolo, contabilizando el tiempo con el cronómetro de mi reloj, atento a la expresión angustiada de su rostro. Transcurrieron una hora y cuarenta y tres minutos hasta que un vecino entró al edificio, subió las escaleras y atendió la súplica del viejo.

A pesar de que mi obsesión estaba siendo encausada, espiarlo pronto comenzó a ser aburrido. Comprendí que necesitaba hacer algo más. Quizá era momento de intentar volverme su amigo; llevarle té, galletitas y esas cosas que les gustan a los viejos. Sin embargo, era consciente de su carácter huraño y de la manera en que me había tratado cuando le pregunté por la niña del retrato. Me encontraba estancado en mi proyecto y, por más que le daba vueltas, no lograba encontrar una nueva perspectiva.

Días después las cosas se me presentaron solas, de la manera menos esperada. A veces la vida es generosa y comienza a parecerse a un cuento. Eso es, finalmente, lo que busco como escritor: que este mundo no se parezca tanto a sí mismo. Era domingo y tenía que hacer unas compras. Al salir del edificio me encontré con una imagen que me dejó boquiabierto: ahí estaba el viejo en la banqueta, apoyado en su bastón, atento a las sombras que se movían en la calle. Así que puede bajar las escaleras, fue lo primero que pensé. Después observé que una camioneta negra se acercaba, se detenía junto a él y que el chofer descendía para ayudarlo a subir. Al mismo tiempo, un taxi dobló en la esquina. Venía libre. Cuando la camioneta arrancó, tuve el impulso de seguirla. Una acción que, sin saberlo, terminaría por dar un giro decisivo a mi vida.

4

Agité los brazos en el aire con cierta desesperación y detuve el taxi. Una vez arriba, le ordené al conductor: “Siga a la camioneta negra”, como si fuera el protagonista de un *film noir*. Dimos vuelta sobre Enrico Martínez, después en Morelos y cruzamos Bucareli detrás del vehículo. Me coloqué entre los dos asientos delanteros del taxi y agucé la mirada para ver lo que ocurría en el interior de la camioneta. Los hombres no conversaban, pero sucedió algo extraño: el chofer le

entregó un fólder al viejo. Éste analizó su contenido y sacó algo que parecía una fotografía; luego la alzó hacia la luz y la miró con detenimiento. Sentí una mezcla de intriga e indignación: aquel viejo veía más de lo que todos creíamos. La camioneta dio vuelta a la derecha en Reforma y se dirigió hacia Garibaldi. Minutos después se detuvo en la Lagunilla, justo en la esquina donde confluyen los vendedores de antigüedades. El viejo bajó del auto y se adentró entre las cháchara. Hice lo mismo, siguiéndolo con cautela.

Tras pasar de largo varios puestos en los que se amontonaban las cosas más insólitas —exvotos pintados cuarenta años atrás, ceniceros conmemorativos de las olimpiadas del 68, retratos de asesinos seriales y hasta una cabeza de rinoceronte—, el viejo se detuvo en uno que ofrecía fotografías de época. Me quedé un metro atrás, fingiendo interesarme en una colección de soldados de plomo mientras observaba por el rabillo del ojo la transacción del viejo. Le mostró al vendedor las imágenes que llevaba en el fólder —pude darme cuenta de que eran fotografías tomadas a algunas de las imágenes que se mostraban en el puesto—; éste localizó las originales y se las entregó. Acto seguido, el viejo las acercó a su rostro y las analizó una por una; escogió tres retratos de tamaño grande y desechó el resto. Pagó su compra; después pasó a mi lado, de regreso a Reforma. Apenas tuve tiempo de volver el rostro y clavar la mirada en el soldado de plomo que sostenía en mi mano desde hacía varios minutos. Hasta ese momento me percaté de que le faltaba una pierna, como al del cuento de Hans Christian Andersen. Pagué trescientos pesos por él, luego me acerqué a la avenida, donde vi cómo el viejo subía a la camioneta negra y se alejaba. Sin perder tiempo, paré un taxi y reanudé la persecución.

Mientras avanzábamos por Insurgentes hacia el sur de la ciudad, metí la mano en la bolsa de la chamarra y palpé la figurilla; la ausencia de su pierna me hizo reflexionar sobre cosas rotas, abandonadas. ¿Acaso el viejo era un cazador de fotografías antiguas que colgaba en las paredes de su casa para conformar un árbol genealógico imaginario? ¿Estaba tan solo que necesitaba crear sus propios fantasmas para que le hicieran compañía? Era probable, aunque eso no lo explicaba todo. Pensé en la niña de los bucles. ¿Llegaba a tal grado su obsesión que buscaba retratos de personas que se le parecieran? Por lo visto, el chofer le hacía una preselección; después él acudía a realizar la selección final…

Seguí elucubrando hasta que la camioneta se estacionó y sus ocupantes descendieron frente al Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino. Bajé del taxi y entré al vestíbulo detrás del viejo y el chofer; luego los vi alejarse por un pasillo. Necesitaba un pretexto para ingresar como visitante. Aguardé unos minutos junto a la puerta

mientras pensaba en la manera de engañar a la recepcionista, pero no se me ocurrió nada. Entonces el chofer apareció en el vestíbulo. Me hizo una seña para que me acercara.

—Viene con nosotros —dijo, dirigiéndose a la recepcionista.

Mi curiosidad nunca me había llevado tan lejos; no era momento para echarme atrás. Obedecí y dejé que el chofer me condujera por diversos pasillos hasta que desembocamos en un jardín. En el camino se me ocurrieron varios desenlaces posibles para aquella historia. Dos de ellos los recuerdo bien, porque dan fiel testimonio de mi paranoia latente: el viejo me odiaba y, al igual que yo había hecho con él en los últimos días, registró mi comportamiento, juntando suficiente evidencia para encerrarme en aquel manicomio. O quizá sólo era conducido al pabellón de locos peligrosos, donde uno de ellos se encargaría de asesinarme, en la ejecución del crimen perfecto…

El viejo estaba sentado en una banca, junto a una mujer de unos sesenta años. El chofer me indicó que continuara yo solo y aguardó a la entrada del jardín. Cuando llegué ante ellos lo comprendí todo. Aunque ahora era una persona mayor, la mujer seguía teniendo los mismos ojos tristes del retrato, y se parecía aún más al viejo. Sin embargo, se le asemejaba de una manera azarosa; no vi en su rostro los rasgos inequívocos del parentesco sanguíneo. Su mirada estaba perdida, un hilo de baba le escurría por la comisura de los labios.

—Siéntate —ordenó el viejo. Tenía las dos manos cerradas sobre su bastón, los lentes oscuros aún puestos.

Me coloqué a su lado, sintiendo una mezcla de vergüenza y compasión.

—Ahora puedes estar satisfecho —dijo con voz cansada—. Me has desenmascarado: en efecto, busco a los vecinos porque los necesito. Pero también es cierto que sólo salgo del edificio cuando vengo a visitarla *a ella*.

—No es su hija, ¿cierto?

—Escúchame con atención —dijo, ignorando mi comentario—. Te dejaré en paz, a cambio de que tú también me dejes en paz. No dirás nada sobre mi ceguera parcial ni de la visita a este hospital, y yo no diré que eres un sujeto peligroso que acecha ancianos de manera enfermiza. Si alguna vez llegas a escribir sobre esto, tendrás que hacerlo utilizando otros nombres.

—De acuerdo —mascullé.

No supe qué más decir. Me puse de pie, sintiendo cómo me temblaban las piernas. Cuando me retiraba, el viejo volvió a hablar.

—Una última cosa —en su voz había una mezcla de melancolía y resignación—. ¿Es ésta una buena historia?

—Sin duda —respondí.

—Entonces más te vale que escribas un buen cuento.

En el taxi de regreso volví a sacar el soldado de plomo; lo sostuve en la palma de la mano mientras lo observaba. Sabía que ya no podría vivir en ese edificio —el viejo y yo nos habíamos expuesto mutuamente—, que era momento de hacerle caso a Carmen con la mudanza. Al igual que aquella figurilla, el anciano me había encontrado. Ambos habían llegado hasta mí sin que yo los buscara. El viejo tocaba vidas ajenas —los vecinos, los retratos, la paciente del hospital—, intentando iluminar su noche perpetua. En el camino, me había regalado un cuento, un relato donde él era el protagonista. ¿Y cuál es el propósito del soldado?, pensé. ¿Acaso es momento de escribir un cuento para niños? Cerré los ojos, exhausto, consciente de que yo también avanzaba un tanto a ciegas, igual que el anciano al que había perseguido obsesivamente.

Ahora termino de escribir estas líneas en una nueva casa, en un estudio diferente al que tenía cuando esta historia empezó. El soldado de plomo ocupa un lugar privilegiado en mi escritorio, al lado de la computadora.

Confío en que pronto me contará su historia.

EL BRAZO ROBADO[1]

1

En el medio de los investigadores privados se me conoce como el Pepenador. Mi especialidad son los casos extraños, los que nadie más quiere, los que mis otros colegas desechan aunque estén urgidos de dinero. A mí no me importa. Siempre he dicho que la basura de uno es la oportunidad de otro. Basta ir a cualquiera de los tianguis de chácharas que pululan en la ciudad para darse cuenta de ello. Mis colegas quieren espiar a los infieles, fotografiar a los apostadores compulsivos, señalar a los embaucadores. Magnífico. Yo prefiero ensuciarme las manos. En algún lado leí que las manchas conducen a las revelaciones.

Como no abundan este tipo de casos —sorullos resbalosos, les llamo yo—, tengo mucho tiempo libre. A veces pasa una semana sin que suene el teléfono, así que me pongo a leer. Nota roja, avisos clasificados para adultos, la prensa de espectáculos: quizá no estoy bien enterado sobre los políticos que gobiernan esta ciudad, pero sí sobre las pasiones que gobiernan a sus habitantes. Suficiente para mí. A veces también leo libros. O voy al cine. Mi oficina está en un cuartucho en la calle de Iturbide, en el Centro. Desde mi ventana se ve la marquesina del Palacio Chino. Un ruinoso buque que se hunde irremediablemente junto con el Centro Histórico. Por más que los poderosos alardeen que la zona se está rescatando. Puro maquillaje para los reflectores y los ingenuos. Sólo tengo que salir de mi oficina y caminar hacia Artículo 123 para ver a los indigentes cagando en la vía pública a plena luz del día. No me quejo: mi barrio me gusta. Es ideal para el tipo de trabajo que realizo; ideal para los que, como yo, escarban en la basura. Si en verdad limpiaran el Centro, me quedaría sin modus vivendi. Es mejor que lo dejen como está. Sólo espero que cuando termine de hundirse en el subsuelo, se lleve de corbata al resto de la ciudad.

El efecto remolino.

Las cosas que me piden investigar son peculiares. Cierta vez, aparecieron dos gallinas degolladas en el parque de la Ciudadela, a

unas metros de la Biblioteca de México, un templo de sabiduría, según dicen. Por eso me gusta el Centro: en pocas partes de la ciudad se dan contrastes tan radicales y sugerentes. Evidentemente las gallinas eran parte de un rito santero, pero lo que se me solicitó fue que averiguara quién lo había hecho y, sobre todo, *en contra de quién*. Los mismos locatarios del mercado de artesanías estaban inquietos. Querían ponerle rostro a la maldición y conocer el nombre de la persona de la que debían cuidarse. Envidias y pugnas intestinas. Pero ésa no es la historia que deseo relatar. Lo que quiero contar es el caso más insólito en el que me he visto involucrado.

Hace dos meses recibí una llamada de Godínez, uno de los pocos colegas que me guarda algo de respeto.

—Tengo chamba para ti —dijo, yendo al grano.

Me explicó que se trataba del caso de un honorable padre de familia cuya hija murió al dar a luz. El parto se complicó y los médicos hicieron todo lo humanamente posible para salvarla. Después, cuando el forense se disponía a hacerle la autopsia, ocurrió algo extraño.

Al cadáver le faltaba el brazo derecho.

—Alguien se lo robó —dijo Godínez—. Y el padre quiere recuperarlo. Dice que no puede enterrar a su hija si está incompleta.

Godínez, por supuesto, no quería el caso. Me lo estaba turnando a mí. El Pepenador.

—¿Con o sin comisión? —pregunté.

—¿Cómo crees? —rezongó— Sólo te pido un favor: si resuelves el misterio, llámame y cuéntame cómo estuvo la cosa.

La curiosidad no abandona, incluso a aquéllos que son indignos de ella.

Al día siguiente me entrevisté con el padre y me dio todos los detalles que pudo. Su hija tenía veinticuatro años. Iba a ser madre soltera. No sabían quién era el papá. Había varios candidatos, pero la hija nunca quiso aclarar el tema.

—No sé si me entienda —me comentó al final de nuestra conversación—. Perder a una hija es una tragedia. Pero que encima le roben un brazo al cadáver, eso es *obsceno*.

Lo entendí. No podría recuperar a su hija, pero tal vez podría recuperar la dignidad.

Mi primera labor consistió en interrogar a los médicos del Semefo. Nadie sabía nada, pero me di cuenta de que señalarían a su madre si eso les garantizaba dejar de ser sospechosos. El asunto se complicaba, pues las cámaras de seguridad no captaron ninguna anomalía.

¿Quién carajos se roba el brazo de una muerta? Era la pregunta que rondaba a todos los involucrados.

A la semana surgió una pista interesante. Mientras revisaba mis archivos de periódicos de nota roja, me topé con un caso de unos años atrás que había olvidado: el de un asesino ritual que se dedicó a arrojar restos humanos en las zonas arqueológicas del Centro Histórico, con el objetivo de revivir a los antiguos dioses. Nunca he sido experto en el pasado prehispánico, pero una corazonada me señaló que ambos sucesos —el brazo robado y el asesino ritual— podían estar relacionados. Jorge Mondragón, policía judicial y antiguo conocido mío, se había encargado del caso.

No soy experto en el pasado prehispánico, pero recordé que para los antiguos mexicanos las encrucijadas eran equivalentes a infortunio.

Y yo estaba parado justo encima de una.

2

La cita fue en el mercado Juárez. A Jorge Mondragón le encantan los caldos de gallina. Yo puedo comer prácticamente cualquier cosa; mi dieta se basa en la oferta de los puestos callejeros de dudosa reputación que se han apoderado de Balderas, así que no puse objeción. Además, sabía que la cuenta correría por mi parte, y esos caldos son muy económicos.

La información que obtuve a cambio pagó con creces la inversión.

Mientras arrojaba montañas de cebolla, cilantro y chile de árbol en su platillo, Mondragón me dijo:

—El caso del asesino ritual me sacó canas verdes. Casi me cuesta el puesto…

Los datos fluyeron con lentitud. Mondragón estaba sumamente interesado en la media pechuga que nadaba en su caldo. Y si a eso le agregamos las tortillas que bañaba en abundante salsa, y devoraba como si fueran cacahuates, el asunto requería de mucha paciencia.

Temí que se atragantara, así que no lo apresuré.

—Ese loco arrojó corazones humanos en el Templo Mayor, en el Antiguo Palacio del Arzobispado, en el metro Pino Suárez e incluso depositó un cerebro en una estatua de Chac Mool, que se exhibía en una muestra temporal en el Museo Nacional de Arte. Era astuto, y tardamos mucho en detenerlo…

Entre bocado y bocado pude sacar en claro lo siguiente: en un cateo encontraron el diario del asesino; en sus páginas se proclamaba como el instrumento de los antiguos dioses y aseguraba que con el baño de sangre instauraría un nuevo orden en la ciudad: el triunfo del mundo prehispánico por encima del mundo moderno.

—¿Y qué fue de él? —me atreví a preguntar, porque ya me había

terminado mi caldo.

Tuve que aguardar a que Mondragón acabara de sacrificar a su gallina para aproximarme a una de las dos revelaciones que me haría aquel día.

—Murió —dijo, mientras daba cuenta del último bocado—. Lo teníamos acorralado y se arrojó del tercer piso del Museo del Templo Mayor, junto con una arqueóloga que era su rehén. Cayeron sobre la lápida de Tlaltecuhtli.

Pagué la cuenta, un tanto decepcionado por el final de la historia. Mondragón se limpió la boca con una servilleta.

—Hay algo más que pocos saben.

Cogió un palillo y comenzó a hurgarse los dientes. Como buen policía, sabía esconder la información más sustanciosa hasta el final.

—El cadáver del asesino ritual desapareció del Semefo poco después de que le hicieran la autopsia.

—No mames.

—Así como lo oyes. El caso se ocultó a la prensa para evitar el escándalo. Nunca se recuperó el cuerpo.

Nos despedimos afuera del mercado. El tráfico saturaba Chapultepec y la contaminación creaba un cielo oscuro, cercano a nuestras cabezas.

—¿Te digo la verdad?

Mondragón aún me reservaba una última estocada. Una muy difícil de encajar.

—Vas a pensar que estoy loco, pero creo que ese hijo de puta aún sigue vivo.

Aquella comida con Mondragón me costó cincuenta y seis pesos, y una larga noche de insomnio. Me acabé una cajetilla de cigarros mientras el letrero del Palacio Chino arrojaba destellos de neón sobre la ventana. Tenía dos letras fundidas, así que solamente se leía “lacio Chino”. Pensé que era una señal de su inminente desaparición. Tras su desvanecido esplendor —antes las taquillas simulaban pagodas— ahora era un monumento a la ruina. El antiguo cine era probablemente uno de los edificios que mejor ejemplificaban la transformación del Centro Histórico: de Ciudad de los Palacios a Ciudad de Menesterosos.

Pero esta reflexión no pretende ser una oda al pasado, sino a las luces de neón: contemplarlas igual que a un insecto tiene sus ventajas. Antes de freírme las pupilas en el letrero del viejo cine tuve una revelación. Ya lo saben: quien sigue las manchas o los letreros de neón en esta urbe siempre llega a algún lado.

Y en esta ciudad —ahora lo sé— todos los caminos conducen a la calle de Donceles.

Al día siguiente fui a visitar a Camargo, quien tiene una librería de viejo llamada Inframundo. En su juventud fue conchero y bailaba al lado de Catedral. Era experto en temas prehispánicos y ocultos. Lo encontré sentado en su escritorio, como de costumbre, oculto detrás de una pila de libros polvosos. Le resumí el caso que investigaba, las resonancias con el asesino ritual. Tras meditar unos segundos, Camargo fue a la parte trasera de su librería y consultó algunos tomos. Después regresó con cara de circunstancia.

—Los aztecas concedían una especial veneración a las mujeres muertas durante el parto —dijo, mientras encendía una pipa. Su rostro moreno se había curtido con incontables danzas al sol, sus manos eran enormes y callosas: un auténtico caballero águila—. Le otorgaban a sus cuerpos poderes mágicos. Particularmente los guerreros, que solían profanar sus tumbas para robarse el brazo derecho. Según ellos, dicho miembro cegaba al enemigo y los volvía invencibles en el combate.

Imaginé la noche azteca, poblada de recovecos siniestros, de sombras al acecho, regida por antiguas supersticiones. No muy distinta a la noche de la urbe moderna.

Una ciudad en la que, por cierto, el pasado siempre estaba abriéndose camino hacia la superficie.

—Es un tema complejo —agregó Camargo, envuelto en una espesa nube de tabaco—. En el mundo prehispánico, a las mujeres muertas en parto también se les consideraba espectros, las llamaban Cihuateteo. Tenían el rostro descarnado, bramaban en la noche y aparecían en los cruces de caminos para espantar a los incautos. Son el antecedente de la leyenda de la Llorona.

Me quedé petrificado. Tras una semana en el caso, tenía un sospechoso: el Asesino Ritual, que más bien parecía un fantasma. Y también los ecos de leyendas antiguas. Magnífico.

¿En qué clase de detective me había convertido?

3

Buscar a un asesino en una ciudad como ésta es muy similar a buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, las acciones de mi presa se limitaban a un perímetro muy claro: las ruinas prehispánicas del Centro Histórico. No sabía si en verdad el Asesino Ritual continuaba vivo, como creía Mondragón, o si se trataba de un imitador, pero lo cierto era que estaba lidiando con un sujeto supersticioso, y debía utilizar aquello a mi favor. Tenderle una trampa. Entonces me acordé de la arqueóloga asesinada.

Porque a los muertos se les atrae con otros muertos.

Una llamada a Mondragón y la promesa de más caldos de gallina aceleraron las cosas. Me prestó una copia del expediente. La víctima se llamaba Elisa Matos. Trabajaba en el museo del Templo Mayor. Una fotografía la mostraba como una mujer rubia, de cabello largo y mirada melancólica. Ella sería el señuelo. Pero necesitaba saber más sobre el mundo azteca. Fabricar un truco creíble. Así que dirigí mis pasos nuevamente a la calle de Donceles.

Camargo abrió un libro con una delicadeza inusitada para sus manos enormes. Nuevamente el Caballero Águila se evidenciaba tras sus gestos: sus movimientos eran seguros y silenciosos, con el temperamento del guerrero a la hora de hundir el puñal de obsidiana. Me habló del concepto de la muerte en los mexicas.

—Al contrario del pensamiento cristiano, donde el comportamiento en vida marca el sitio al que se irá al fallecer, para los aztecas lo condicionaba el tipo de muerte. Tenían diversos lugares, como el Tlalocan, a donde iban a parar los ahogados, o el Mictlán, destinado a los enfermos, pero en realidad prevalecía una incertidumbre sobre el reposo final del alma.

Camargo leyó un poema prehispánico para ejemplificarlo:

¿A dónde iré?
¿A dónde iré?
El camino del dios dual…
¿Por ventura está tu casa en el lugar de los descarnados?
¿Acaso en el interior del cielo?
¿O solamente aquí en la tierra
es el lugar de los descarnados?

Aquellos versos me dieron la clave: yo debía revivir a la arqueóloga. Tenía a mi servicio a la prensa amarillista, siempre deseosa de noticias exageradas. Pero no podía hacerlo solo: necesitaba de Mondragón. En esta ocasión, subió el precio de su retribución. Me citó en la terraza de la Casa de las Sirenas. Mientras devoraba una gallina en mole de mango y se bajaba los bocados con abundante cerveza, el judicial dudó de mi estrategia.

—No jodas. ¿Cómo que resucitarla?

Yo no pedí nada de comer, porque no me alcanzaba el dinero. Tuve que conformarme con la canasta de pan.

—No pretendo resucitarla literalmente, sino reabrir el caso. Propagar la noticia de que por alguna razón su cuerpo será exhumado. Eso sin duda atraerá al Asesino Ritual.

Mondragón tomó la carta. Revisó el menú en busca de un segundo platillo. Conté a los comensales de las otras mesas y calculé cuánto tiempo me llevaría lavar los platos si mi presupuesto resultaba

insuficiente para pagar la cuenta.

—Dile a la prensa que estaba embarazada —propuso el judicial—. Es otra de las cosas que nunca se supo —acto seguido, ordenó unas puntas de filete al albañil.

Mondragón era un sujeto taimado. La información iba y venía según su conveniencia. Durante el postre terminamos de idear el plan.

Cuando nos despedimos, una hora y setecientos pesos después, me advirtió:

—No cites mi nombre como fuente. Me correrían de inmediato.

De regreso en la oficina le marqué a Santoyo, un periodista veterano y director del *Semanario Sensacional*. Su revista había seguido muy de cerca el caso del Asesino Ritual. Yo sabía también que tenía muchas deudas, que estaba necesitado de una noticia *bomba*. Accedió sin mayores cuestionamientos a reproducir la información que le dicté.

Al día siguiente apareció publicada:

REABREN CASO DEL ASESINO RITUAL

El cuerpo de la arqueóloga Elisa Matos será exhumado y llevado al Semefo. Se presume que estaba embarazada al momento de su muerte

Ningún otro periódico hizo eco del tema en los días posteriores. Pero el *Semanario Sensacional* tenía buena circulación en el Centro Histórico. Yo confiaba en que la noticia llegaría a los oídos del criminal. Mondragón cumplió con su parte: consiguió una orden para exhumar el cuerpo, lo llevó al anfiteatro, y lo dejó aparentemente sin vigilancia. Después se sentó a esperar afuera del Semefo, en una camioneta camuflada que tenía monitores conectados a las cámaras de seguridad del anfiteatro.

Yo me desnudé, y esperé en otro lugar.

Camargo lo dijo: “El brazo otorga poder y ciega a los enemigos”. Y las cámaras de seguridad del Semefo no habían captado nada cuando el Asesino Ritual sustrajo el brazo. No podía arriesgarme. Mondragón me espetó un “estás loco”, pero me dejó hacerlo. Así que ahí estaba yo, bajo una sábana y sobre una plancha de metal, rodeado de muertos, y haciéndome a la vez el muerto.

Con el escroto encogido a causa del frío y el miedo. Magnífico.

En la soledad del anfiteatro del Semefo volví a pensar: ¿En qué clase de detective me he convertido?

En algún momento de la madrugada, la puerta se abrió y se cerró. Mi sábana tenía agujeros estratégicos, pero no pude ver nada. Sin duda había una presencia en el anfiteatro, algo que no tenía forma ni

cuerpo. No ante mis ojos. Escuché ruidos en la plancha de al lado, donde reposaba el cuerpo de la arqueóloga. Primero un conjuro en náhuatl; luego un gemido profundo, como hacen los ahogados cuando el agua sale de sus pulmones y pueden respirar de nuevo.

Yo estaba congelado. Muerto en vida. Ni siquiera parpadeé.

Algo se incorporó a mi costado; se escuchó un crujir de huesos viejos, y luego la puerta del anfiteatro se abrió y cerró otra vez.

De Mondragón, ni sus luces. Cuando reuní el valor suficiente, aparté la sábana y miré. El cadáver de Elisa Matos ya no estaba. En el suelo había una serie de huellas, pisadas de pies renegridos que se encaminaban a la salida.

La mancha atroz que conduce a la revelación.

Lo que siguió después es bastante vulgar, así que lo resumiré en pocas palabras: Mondragón fue despedido de la policía judicial, yo me quedé sin cómplice, sin cliente y sin paga.

El brazo, por supuesto, nunca fue recuperado. Jamás he vuelto a comer un caldo de gallina.

Ahora me encuentro en mi oficina, en espera de una llamada que no llega. El letrero de neón del Palacio Chino parpadea en medio de la noche y comienzan a fundírsele, una a una, el resto de sus letras. Antes de que me deje sumido por completo en la oscuridad, aguzo el oído para escuchar los ruidos nocturnos del Centro Histórico. No busco cualquier sonido, sino algo que se asemeje a tierra podrida en movimiento, a insectos alimentándose de la descomposición.

Algo que me indique el lugar por el que caminan los descarnados.

VEN A MÍ

“Deséalo con toda tu alma”, le había dicho el brujo, y Laurinda así lo hizo. Meses después, mientras aguardaba en la penumbra de su habitación el regreso de Raúl, pensó por primera vez en las consecuencias de sus actos. En cualquier momento él tocaría a la puerta, convertido en algo inimaginable. No había marcha atrás. Y aunque pudiera regresar el tiempo, haría lo mismo: tomaría el anuncio clasificado, volvería a marcar el teléfono del hechicero que prometía AMARRES GARANTIZADOS DE POR VIDA. SU HOMBRE IDEAL SE QUEDARÁ A SU LADO PARA SIEMPRE. Cuando vio el periódico, Laurinda sintió que sus ruegos habían sido escuchados. Llevaba dos años perdidamente enamorada de Raúl, su compañero de oficina, pero éste la ignoraba. Por más que se acercaba a su cubículo con cualquier pretexto o buscaba coincidir con él a la hora de la comida, lo único que obtenía era un saludo frío y frases evasivas. Su paciencia había alcanzado un límite; si alguien le ofrecía una salida, aunque pareciera descabellada, estaba dispuesta a tomarla. Laurinda no titubeó. A cambio, obtuvo lo que deseaba, para sorpresa de su familia y amigos. Hubo un tiempo de inmensa felicidad, un paraíso donde sólo existían ellos dos. Sin embargo, ahora estaba a punto de conocer el precio real que pagaría por su atrevimiento.

Eso creía, pero estaba equivocada. Lo que atestiguaría en unos segundos era apenas un adelanto, una *muestra*.

Aguzó el oído en la oscuridad. Escuchó ruidos en las escaleras. No eran exactamente pasos. No los que daría un hombre normal, lleno de vida. Era un sonido de tierra moviéndose, de algo que se abría camino junto con raíces y piedras.

Antes de que los ruidos cesaran, Laurinda pudo ver una masa de gusanos arrastrarse por debajo de la puerta.

* * *

¿Cuánto dura la felicidad? Laurinda sabía ahora que era imposible medirla. Daba lo mismo que durara siete días o siete años: una vez que la perdías era como si nunca la hubieras tenido. Incluso se volvía

contra ti: cada recuerdo, cada instante evocado, significaba una tortura que transformaba en algo irreal y confuso los momentos de gozo. ¿Fue verdad aquel paseo a la orilla de un lago, una mañana de domingo? ¿Lo había soñado? ¿O era un plan que no llegaron a realizar? No importaba: dolía de manera insoportable. Nunca hablaron de tener hijos, de eso estaba segura. Pero aquel detalle la martirizaba igual. Para Laurinda, eso definía la felicidad: tanto lo vivido como lo no vivido tarde o temprano pasaban factura. En algunos casos, demasiado pronto.

Así le había sucedido a ella.

Un breve encuentro con la felicidad. Y después, el resto de su vida.

* * *

Tras el accidente, ocurrido seis meses después de la boda, Laurinda acudió con el brujo. Estaba destrozada, pero con el suficiente coraje para echarle en cara su estafa. Le había prometido que el amarre sería para siempre, y ahora su esposo estaba muerto. Muerto y enterrado. El hechicero la calmó. Despachó a los otros clientes que esperaban, le preparó un té especial para los nervios. Le aseguró que era el mejor brujo al que podía haber acudido. Su poder era tan grande que incluso un imprevisto de esa magnitud no terminaría con su sortilegio. Tan sólo tenía que irse a su casa. Y esperar.

—Si en verdad amas a tu marido —dijo el brujo—, lo aceptarás como sea. *Como sea que vuelva*.

Laurinda obedeció. Esa misma noche, Raúl regresó a casa. Se quedó parado en el umbral de la habitación, mientras las larvas que se desprendían de su cuerpo se movían por el suelo con la misma torpeza que él. Laurinda se sobrepuso a la impresión; lo tomó de la mano y lo llevó a la regadera. Lo bañó, le quitó costras de tierra y lodo, le puso ropa limpia. Aun así, le costó trabajo reconocerlo: su rostro era una calavera en la que asomaban restos de carne putrefacta, y tenía la expresión de quien duerme con los ojos abiertos. Tras sentarlo en su sillón favorito, Laurinda se le quedó mirando hasta el amanecer. Si éste es el nuevo Raúl, se dijo, más vale que me acostumbre pronto a él.

Y lo hubiera logrado, pero dos días después recibió la llamada de su cuñado.

—Puedes venir cuando quieras —dijo él—. O si prefieres, paso a dejártelas.

Aunque no comprendió, Laurinda sintió un escalofrío. Pensó que tal vez se debía al vaso de leche que acaba de sacar de refrigerador.

—¿A qué te refieres?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, mientras su cuñado buscaba las palabras adecuadas.

—Bueno, a lo mejor no lo recuerdas. Estabas muy afectada en ese momento, y yo tuve que tomar la decisión… Me refiero a las cenizas.

El vaso escurrió entre los dedos de Laurinda, y se estrelló en el piso.

—Eso es imposible —alcanzó a balbucear.

—¿Estás bien? —preguntó su cuñado con creciente incomodidad— Podemos hablarlo en otra ocasión.

—Es imposible —repitió Laurinda, mientras dirigía la mirada al sillón en el que Raúl pasaba todo el tiempo desde que había llegado a casa.

En ese momento, Raúl —o quien quiera que fuese— se levantó y se dirigió hacia ella.

* * *

¿En qué había fallado? Laurinda repasó el ritual al que la sometió el brujo para atraer la atención de su amado. Tras hacer unas oraciones en un altar donde reposaban mechones pertenecientes a Raúl, el hechicero metió el cabello en una bolsa de plástico y pego ésta con un trozo de cinta al pecho de Laurinda, cerca del corazón. Como el brujo le indicó, la llevó durante un mes sin quitársela ni para bañarse. Antes de acostarse repetía hasta dormirse las palabras “ven a mí”. Cumplió todo al pie de la letra. Sin embargo, algo salió mal, porque ahora que tenía ese despojo humano frente a ella, que repentinamente parecía haber cobrado vida y acercaba su rostro putrefacto en un intento por besarla con sus labios inexistentes, se daba cuenta de que no era Raúl. ¿De quién se trataba entonces? Tenía que averiguarlo de inmediato.

Laurinda abandonó su casa. Dejó la puerta abierta con la esperanza de que, al regresar, la abominación ya no estuviera dentro. Fue al local del brujo. En esta ocasión la hizo esperar mientras atendía a otros clientes. En la pequeña sala que antecedía al cuarto de los rituales, Laurinda tuvo el tiempo suficiente para analizar aquellos rostros. En todos descubrió la misma expresión: angustia y fe ciega en una solución mágica. Seguramente, pensó, la misma expresión que tengo yo.

Cuando le tocó su turno, le explicó al hechicero la magnitud del problema.

—Lo incineraron. No puede ser él.

—¿Cómo conseguiste su cabello? —preguntó el brujo, tras reflexionar unos segundos.

—En la estética a la que siempre va. Conozco a una de las

empleadas. Ángeles es mi amiga desde la infancia.

—¿Tú lo recolectaste o se lo encargaste a ella?

—Le pedí el favor. No me atreví a pararme en la estética al mismo tiempo que Raúl. Hubiera sido muy evidente.

El hechicero sacó un pequeño puro de la bolsa de su camisa y lo encendió. Esperó a que se dispersara el humo de su bocanada y sentenció:

—Aunque lo hayan incinerado, puede regresar. Sólo que le llevará más tiempo. El asunto es que tu amiga te dio el cabello equivocado. Debes hablar con ella. Sólo así sabremos quién está ahora en tu casa.

* * *

La cita fue en un café cercano a la estética. Al principio, Ángeles se comportó de manera esquiva, pero al ver la creciente desesperación de su amiga optó por confesarse. No le cabía la menor duda de que la pérdida de su marido estaba llevando a Laurinda al borde de la locura; sin embargo, consideró que lo mejor era decirle la verdad y alejarse de ella por un tiempo.

—No creí que fuera tan importante —dijo, nerviosa—. Nunca he creído en supercherías.

—Confié en ti —Laurinda apenas podía contenerse—. ¿De quién es el cabello que me diste?

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabes! —Laurinda explotó— Hay un cadáver viviente en mi casa, y necesito quitármelo de encima.

Ángeles no pudo disimular su expresión de asombro. Laurinda deliraba. Quería salir corriendo de ahí, pero temía que Laurinda la persiguiera.

—El día que Raúl se apareció en la peluquería, a mí se me hizo tarde. Fue otra la compañera que lo atendió. Cuando llegué, él ya se había ido. Metí la mano en el bote de la basura y saqué un puño de cabello. Eso fue lo que te entregué.

Laurinda se reclinó sobre la mesa y habló con voz baja, como si de pronto temiera que su conversación fuera escuchada.

—¿Sabes si ha muerto alguno de los clientes de la estética recientemente?

—Sí —el miedo de Ángeles aumentó—. El señor Gonzalo. Le dio un infarto.

Laurinda supo que no estaba haciendo la pregunta importante. Los ojos se le humedecieron ante la certeza de que su problema era mayor de lo que había imaginado.

—En ese puñado de cabello estaban mezclados los de varios

clientes, ¿cierto?

—Me temo que sí. Los de ese día, y los del anterior, pues no habíamos tirado aún la basura.

Laurinda se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar.

* * *

¿Cuándo fue la última vez que vio a Raúl? Eso también resultaba confuso. No recordaba si ya estaba despierta cuando él se marchó a aquel viaje de negocios y se despidieron en la cocina, o si fue la noche anterior, mientras se quedaban dormidos abrazados, como de costumbre. Lo cierto era que a mediodía recibió una llamada en la oficina; la persona al otro lado de la línea le informó que su marido había sufrido un accidente en la carretera y estaba muy grave. Un extraño, fue lo primero que pensó al momento de recibir la noticia. ¿Qué derecho tiene un completo extraño a decirme una cosa así? Curiosamente, el hecho de que fueran las frías palabras de un desconocido le hizo comprender su verdadero sentido: que sus días de felicidad habían llegado a su fin. De un familiar hubiera esperado consuelo, el mustio "todo va a estar bien". Aquel extraño era el mensajero ideal para marcar un antes y un después en su historia personal. Para el momento en que colgó el teléfono, Laurinda estaba consciente de que su vida no volvería a ser la misma. O, para ser más precisos, de que volvería a ser exactamente la misma que tenía antes de casarse. Una vida de la que había hecho todo lo posible por escapar, y que ahora regresaba a ella como una maldición.

* * *

Llevaba una hora estacionada frente a su casa, con las manos fijas en el volante. Laurinda no se atrevía a entrar al que, hasta esa mañana, había sido sólo el hogar de ella. Los acontecimientos de los últimos meses, pero sobre todo las palabras del brujo, se agolpaban en su cabeza. Tras dejar a Ángeles en el café, Laurinda fue con el hechicero y le contó lo que había averiguado. El brujo parecía estar harto de ella. Su respuesta fue despiadada:

—El hechizo se realizó con el cabello de varios hombres, no hay nada que pueda hacer para revertirlo. La gente subestima el poder de los sortilegios y no pone el cuidado debido a la hora de ejecutarlos. Has cometido un error grave, tu destino es pagar por ello. Conforme esas personas vayan muriendo, cuando sea que les toque —como ocurrió con el señor Gonzalo—, irán a buscarte. Quizá alguno de ellos sea Raúl, quizá no. ¿Cómo saber si en esos mechones rescatados de la

basura había, en efecto, cabellos suyos? Y si un día llega a tu casa, ¿lo podrías reconocer tras el rostro despellejado? Verás desfilar por tu vida a una serie de esperpentos, sin ningún otro objetivo que profesarte su amor.

Su amor *eterno*, pensó Laurinda.

—¿Entiendes esto que te estoy diciendo? —remató el brujo, con una mueca de desprecio.

Sí. Laurinda comprendía muy bien. Estaba condenada a coleccionar pretendientes muertos. Sin embargo, alguno de ellos podría ser Raúl. *Teníaque* serlo. Le quedaba el resto de su vida para esperarlo.

Se miró en el espejo retrovisor. Limpió el rímel que le escurría por las mejillas, acomodó su cabello. Después bajó del auto y se encaminó a la casa con paso firme.

SUEÑA CONMIGO

Mi casa está llena de muñecas embrujadas. Son mi posesión más valiosa, la envidia de mis colegas coleccionistas. Llevo veinticinco años recolectándolas en tiendas de antigüedades, bazares, ventas de garaje, tianguis e incluso más recientemente en Internet. Mi afición a los viajes me ha permitido adquirirlas en distintas partes del mundo. Por eso mi colección es tan valiosa. A todas las precede la leyenda de estar poseídas, todas tienen una historia siniestra detrás. Instituciones privadas y gubernamentales me han hecho ofertas para crear un museo con ellas, pero a mí me gusta tenerlas cerca. Dinero no me hace falta. Tampoco es que me hagan compañía. Como todo coleccionista, siento que esos objetos me pertenecen. Más de algún pariente o amigo supersticioso me ha preguntado si me dan miedo. Siempre respondo que en realidad el fantasma que las ronda a ellas soy yo. Como habrá podido adivinar el lector, no creo en supercherías; nunca mis preciados objetos han hecho algo extraño o digno de llamar la atención. Creo que el poder de las leyendas se encuentra en nuestra psique. Una fuerza que les otorga la gente, y si uno es lo suficientemente listo para entenderlo, se puede beneficiar de ello. Mi colección me ha hecho famoso en el mundo entero. Han realizado reportajes sobre mí, me han hecho entrevistas y he salido muchas veces en televisión. Momentos en los que aprovecho para regodearme en los detalles de cada muñeca. Nunca compré una que no tuviera una historia comprobable detrás. Para eso están los certificados de compra, los archivos y las hemerotecas. Todo lo tengo perfectamente documentado en mis expedientes. Un coleccionista es muy parecido a un detective. Y si escribo todo esto, es porque hoy en la mañana vino uno a buscarme. Se apellida Lugo. Tenía un paquete para mí. Alguien lo contactó a través de su agencia y le pidió que me lo entregara. Todas las muñecas que he adquirido las he encontrado yo, como un hábil cazador que rastrea a su presa. Pero ésta es la primera ocasión que una muñeca viene a mí, sin que yo haya estado tras sus huellas.

En el paquete que me entregó el detective venía la más enigmática de todas las que he tenido. Su nombre es Greta.

Expediente No. 13
Nombre: Carlota
País: Alemania
Fabricante: Nicolaus Otto
Año: 1924

Kopperlsdorf era el reino de las muñecas: muchas familias de la zona vivían de su fabricación. En las casas se hacían las partes del cuerpo. Solamente las cabezas, el elemento principal, se producían en las fábricas. La demanda era tal que se llegaban a fabricar mil muñecas al día. Los supervisores iban de hogar en hogar, presionando a los empleados para que completaran a tiempo sus entregas. A los tres retrasos, perdían el trabajo. Ése fue el destino de Nicolaus Otto. Viudo y padre de cinco niñas, no pudo seguir el ritmo exigido por los supervisores y se quedó sin empleo. La comida pronto comenzó a escasear. Sus hijas no paraban de llorar. Para calmarlas, Nicolaus se puso a fabricar las partes de cinco muñecas. Sin embargo, no podía terminarlas, porque las cabezas sólo se podían conseguir en las fábricas, y no tenía dinero para comprarlas. Un día los llantos cesaron. Extrañados, los vecinos tocaron a la puerta de la familia Otto, pero nadie abrió. Decidieron forzar la chapa. Dentro encontraron un charco de sangre y a un exultante Nicolaus: había logrado terminar las muñecas. "Funcionó", dijo, entre carcajadas histéricas. "Ya ninguna llora."

Antes de que se lo llevaran, Nicolaus le dio a cada muñeca el nombre de una de sus hijas. Carlota es la única que se preserva hasta nuestros días.

Greta es calva, viste camisón blanco y tiene mirada triste. No trae ningún documento, por lo que es difícil precisar su antigüedad, pero no parece tener más de treinta años. ¿Quién me la hizo llegar? ¿Qué pretende con este absurdo mensaje? No creo que se trate de una broma, y si lo es, resulta inocua. Por supuesto, interrogué exhaustivamente a Lugo. Y en honor a la verdad, se veía tan extrañado como yo. Me aseguró que se trató de una llamada anónima. El pago ya estaba depositado en su cuenta. La voz —el detective no supo si era de hombre o de mujer— le señaló que ese mismo día le llegaría un paquete, que debía rastrear al destinatario: Daniel Moncada, coleccionista de muñecas. Y eso fue exactamente lo que hizo. Antes de que se marchara, decidí contraatacar: le ofrecí el doble si me ayudaba a descubrir quién le había llamado. Lugo aceptó. Dijo que me llamaría en cuanto tuviera noticias.

Llevo todo el día metido en mi estudio, sumido en cavilaciones mientras contemplo a Greta. Hay algo en ella que me resulta familiar. Quizá sólo es que me estoy acostumbrando a su presencia. Del cuello le cuelga una cadena y una placa con su nombre. Parece muy grande para su tamaño, como si en realidad hubiera pertenecido a otra

muñeca.

Los párpados me pesan. El cansancio me vence, parece que escribiera dormido. Entro en el sueño y es entonces que la escucho hablar…

Expediente No. 06
Nombre: Teté
País: Francia
Fabricante: Jumeau
Año: 1899

Era una costumbre extendida que las niñas exigieran muñecas que se parecieran a ellas. Para satisfacer esa demanda, los fabricantes franceses comenzaron a producir las muñecas más realistas del mundo. Se trataba de bebés que reían y lloraban como los de verdad. Tanto, que a veces los padres no sabían si aquellos ruidos provenían de las bocas de sus hijas o de sus juguetes. En este contexto fue que André y Julie mandaron a hacer una muñeca para Teté, su única y adorada hija. El trabajo fue excelente, la pareja pagó sin reparos la suma que el fabricante pidió. La pequeña Teté estaba muy contenta con su réplica, no se separaba de ella en ningún momento. André y Julie también estaban felices; incluso llegaron a sentir que tenían dos hijas. Aquel gozo, sin embargo, duró poco. Teté cayó presa de una enfermedad tan repentina y fulminante que sus padres no tuvieron tiempo ni de avisar al médico. En medio de su dolor, decidieron que no iban a perder a su hija. Ocultaron el hecho a familiares y amigos; sólo les hicieron saber que Teté estaba delicada. Cuando alguien cercano iba a visitarlos, veía a la pequeña dormida en su cama, o la escuchaban llorar desde la sala. El engaño funcionó durante un tiempo. Para perfeccionarlo, André y Julie le pusieron a la muñeca el cabello de la hija, el cual habían conservado amorosamente dentro de una almohada. Con el paso del tiempo, la gente comenzó a sospechar. La niña nunca mejoraba. Lo más raro era que no crecía. Nadie quiso hacer públicas sus conjeturas, pero familiares y amigos se fueron alejando de aquella extraña pareja y de su aún más extraña hija.

Durante muchos años, quienes pasaban por enfrente de su casa al caer la tarde afirmaban que podían escuchar a Teté llorar, y a sus padres consolarla.

Me despertó el timbre del teléfono. Tardé en contestar porque el horror me paralizaba. El reloj de la pared indicaba que sólo había dormido unos segundos, suficientes para permitir que aquella voz entrara en mi inconsciente. Cuando me atreví a moverme, fui hasta el teléfono y contesté. Era Lugo. Me dijo que le había pedido a un contacto en la compañía telefónica que rastreara la llamada de su

cliente anónimo. Tenía una dirección y se disponía a visitarla. Me preguntó si quería acompañarlo. Tras meditarlo brevemente, le respondí que sí. No me movía tanto la curiosidad como el miedo. Greta estaba sobre el escritorio, con sus ojos de vidrio abiertos y fijos en la nada. Con una falsa expresión de inocencia que me incomodó y me obligó a abandonar el estudio. Ahora, mientras espero en el porche de la casa a que el detective venga en su automóvil, me estremezco al recordar las palabras que Greta me dijo al oído, cuando me estaba quedando dormido. Su voz era apenas un susurro, el murmullo de hojas secas arrastrándose sobre la tierra.

"Sueña conmigo."

Expediente No. 30
Nombre: Hanna
País: Alemania/ Suiza
Fabricante: Simon & Halbig
Año: 1909

Las muñecas autómatas se hacían bajo pedido. Los fabricantes de Francia, Inglaterra y Alemania comenzaron a trabajar de cerca con los relojeros suizos, quienes construían los mecanismos que daban vida a los juguetes. Las muñecas caminaban, bailaban o mecían a otros bebés aún más pequeños en sus brazos. Algunas incluso movían los ojos, y hay quienes afirman que ésa es la razón por la que hoy en día estos juguetes antiguos dan la impresión de que nos siguen con la mirada. Y si eso provocan en pleno siglo xxi, no es difícil imaginar sus efectos a principios del xx. Así sucedió en la ciudad de Lucerna, lugar cobijado por los Alpes suizos. Heinz Hermann mandó fabricar un regalo especial para el cumpleaños número veintiuno de su esposa Erika, quien adoraba las muñecas. Ella tenía varias, pero ninguna con un mecanismo interior. El obsequio llegó con anticipación, así que Heinz Hermann decidió esconderlo dentro del armario de la habitación hasta que llegara la fecha. Le echó el cerrojo y se quedó con la llave. Para su desgracia, la muñeca tenía un desperfecto: todos los días a las siete de la noche, hora en que la oscuridad caía sobre Lucerna, se activaba y chocaba contra la puerta del armario durante algunos minutos. Heinz Hermann regresaba hasta las ocho del trabajo, así que nunca supo del fallo. Pero Erika escuchaba aquellos ruidos y, creyendo que eran producto de una incipiente locura, no se atrevió a decirle nada a su marido. Con el paso de los días, su estado de ánimo empeoró: aquella presencia que pugnaba por salir del armario le destrozaba los nervios. El juguete se activaba en sus distintas modalidades: a veces caminaba, otras zapateaba, otras simplemente reía. "Nunca podré tener hijos", se decía Erika, "porque padecerán la misma enfermedad que yo". Justo un día antes de su cumpleaños, la atormentada Erika se suicidó,

lanzándose de cabeza al lago de Lucerna.

Hoy en día, la muñeca Hanna suele estar muy quieta. Ya no camina, ni baila, pues su mecanismo está dañado de manera irremediable. De vez en cuando, sin embargo, se le puede escuchar reír.

El trayecto fue largo y nos llevó a las orillas de la ciudad. En el camino, Lugo me preguntó por qué coleccionaba muñecas embrujadas. Es una pregunta que me han hecho incontables ocasiones. Antes me divertía creando diferentes versiones: algunas veces decía que era una antigua tradición familiar, otras que mis antepasados se habían dedicado a construir muñecas en la época de la Colonia. Incluso me aventuraba con la versión paranormal —sobre todo cuando me entrevistaba alguna televisora—, afirmando que tenía dotes de médium y que mi misión era liberar a las almas atrapadas en los juguetes. Pero en ese momento, mientras el paisaje cambiaba y se volvía boscoso, haciéndome sentir que me acercaba con ojos cerrados al vórtice de un secreto, quise decir la verdad. Le dije a Lugo que mis padres habían sido prósperos en los negocios, y que por eso me dedicaron poco tiempo. Fui hijo único, me crié entre la indiferencia de la servidumbre. Desde que tenía memoria, coleccionar cosas me dio un lugar en el mundo. No significaba que yo me relacionara afectivamente con los objetos: los poseía, y podía ser tan frío y calculador con ellos como mis padres lo fueron conmigo. Coleccionar muñecas, en particular, constituyó la venganza perfecta. Esos juguetes solían ser como hijos o hermanos para sus dueños anteriores, pero yo les devolvía su carácter de objetos. Tenían un valor, un número de expediente. Se cotizaban y sus nombres se inscribían en catálogos. Entraban a subastas. Yo tenía el poder absoluto: decidía si se iban o se quedaban conmigo.

—¿Por qué precisamente embrujadas? —insistió el detective.

No tuve que meditarlo. La noche se cerraba sobre nosotros, el viento inclinaba las copas de los árboles hacia adelante, como invitándonos a continuar el camino. Nunca había sido tan honesto en mi vida.

—Son más caras, y por lo tanto, mejor negocio.

El auto se detuvo frente a una verja. Detrás de ella continuaba un sendero; al fondo se alzaba una enorme construcción de ladrillo rojo.

—Pero hay algo más —agregué—. No soy supersticioso. Nunca he creído en nada. Comprar esas muñecas fue una inversión más *espiritual* que monetaria.

—No entiendo —dijo Lugo. Noté cierto nerviosismo en él, como si nuestra conversación le incomodara. Eso me agradó. Todo relator debe incomodar a su audiencia, si no corre el riesgo de dejarla

indiferente.

—Fue una especie de rebelión contra lo ordinario de mi vida. Como si en el fondo estuviera deseando que algo sobrenatural me pasara.

—¿Y ha ocurrido?

—Posiblemente esté sucediendo. Hoy.

Bajamos del coche. Ya era noche cerrada, pero los faros del auto nos permitieron leer una placa colocada en el muro, al lado de la verja.

Estábamos en un orfanato abandonado.

Expediente No. 16
Nombre: Ginger
País: Estados Unidos
Fabricante: Morimura Brothers
Año: 1919

Dicen que la muñeca caminó sola dentro del horno.

Robert hacía pan todo el día; su esposa Carol había quedado enferma tras el complicado parto, su recuperación era lenta. Cuando la pequeña Emily comenzó a gatear, Robert no tuvo más remedio que sacar del baúl una muñeca vieja, y se la dio a su hija para que se entretuviera. La madre se mostró en desacuerdo: dijo que no era un juguete, era un recuerdo de su infancia, había pertenecido a una amiga, y a esa amiga no le gustaba que nadie utilizara su muñeca. Robert no hizo caso, adjudicó los extraños comentarios de su esposa a la enfermedad, y dejó a la pequeña Emily jugar. Carol continuó protestando todos los días desde la cama. En una ocasión le explicó a Robert que su amiga murió prematuramente; ella conservó el juguete, pero jamás lo usó para divertirse. "No se puede jugar con las cosas de los muertos", le advirtió a su marido. Pero los pedidos y los clientes aguardaban, así que Robert ignoró a su mujer.

Una mañana, mientras metía los panes en el horno, escuchó a su hija llorar en el patio. Extrañado, salió a buscarla y no la encontró. Al regresar a la cocina, vio una imagen de pesadilla: Emily gateó velozmente hacia el horno y se metió en él. Robert gritó e intentó alcanzarla, pero al asomarse dentro sólo vio las llamas. Trajo agua en una cubeta y apagó el fuego, pero fue demasiado tarde.

Horas después, un policía que escombraba el horno en busca de los restos de la pequeña Emily, encontró también a la muñeca. A la madre no le extrañó que estuviera intacta.

Ahora estoy en la sala, sentado en un sillón mientras escribo esto. Lo hago para retrasar el momento de ir a la cama. Porque sé que

cuando me duerma, ella acudirá a mí. Greta continúa donde la dejé antes de salir: en mi estudio. Pero en cuanto cierre los ojos me acosará con esa petición, una súplica y una orden al mismo tiempo: "Sueña conmigo". No quiero que eso ocurra; tras la visita al orfanato abandonado, intuyo que lo que me dirá no es nada agradable. Probablemente cosas que no sé, o que quedaron condenadas en el muro de mi mente. Nunca me ha gustado pensar en mi infancia, y ahora una muñeca embrujada ha venido a abrirme las puertas del pasado.

Lugo sacó dos linternas de la cajuela de su auto y me dio una. Después cogió una palanca, forzó el candado que cerraba la verja del orfanato y entramos en la propiedad. Al avanzar por el sendero hacia la construcción de ladrillo rojo, pude sentir que algo se movía a nuestro alrededor. Alumbré el piso y vi que se trataba de bolsas de plástico que arrastraba el viento. Eso no me tranquilizó: parecía que tenían vida, se enredaban en nuestros pies como si quisieran impedir que continuáramos avanzando. Forzamos también la puerta principal, pasamos al vestíbulo. Ahí sólo había telarañas, polvo y un pequeño televisor que probablemente perteneció al último velador. Un pasillo nos llevó al patio central. Dos grandes bloques de dormitorios se alzaban a los costados.

—Separémonos —sugirió Lugo. Estaba por responderle que eso ni pensarlo, cuando escuchamos que una puerta se azotaba al otro extremo del patio.

—Es el viento —le dije, pero no me oyó, porque en ese momento el detective ya corría hacia allá. Dudé un instante, pero preferí seguirlo que quedarme solo. Al abrir la puerta nos topamos con unas escaleras que descendían hacia el sótano. Bajamos con cautela, cubriéndonos la nariz: el olor a humedad y a encierro lo impregnaba todo. Encontramos varias galerías de archiveros. Lugo comenzó a abrir los cajones: dentro estaban aún los expedientes de los niños que habían pasado por el orfanato. Yo no estaba interesado en las carpetas: dirigía el haz de luz en todas direcciones, esperando descubrir a alguien agazapado en la oscuridad.

—Sígueme —pidió Lugo—. Busquemos la letra *M*.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque esto se trata de ti.

Si hubiera tenido el valor, habría salido en ese momento de ahí. Pero estaba engarrotado, confuso. Cada que tenemos miedo volvemos a ser el niño que busca con desesperación el interruptor de la luz, y que no atina a hacer otra cosa que manotear en la oscuridad. El detective encontró la gaveta con la letra *M* y comenzó a revisar los expedientes. Halló un caso con mi apellido. Se trataba de una mujer: Greta Moncada.

—¿La conoces? —preguntó.

—No —respondí. Y después fui incapaz de pronunciar alguna palabra más, porque a la luz de las linternas vi su fecha de nacimiento.

Había nacido el mismo año y el mismo día que yo.

Expediente No. 03
Nombre: Margaret
País: Inglaterra
Fabricante: Lord Shelley
Año: 1860

Lord Shelley dilapidó parte de su fortuna en su pasatiempo favorito: la búsqueda de la muñeca perfecta. Fabricó decenas con sus propias manos en los talleres de su mansión, durante jornadas que duraban hasta la madrugada. Las hacía de tamaño real; cuando consideraba que estaban listas, las colocaba en su jardín. Con el tiempo su fama creció y en todos los rincones del país se supo de su extraordinario trabajo. Sin embargo, nadie podía descubrir el secreto tras esas muñecas formidables. Los rumores, como suele suceder con los personajes notables y envidiados, comenzaron a esparcirse. Se decía que Lord Shelley realizaba banquetes que terminaban con un singular reto: en el jardín aguardaba su hija Margaret disfrazada; quien lograra distinguirla entre todas las muñecas, se llevaría como premio el secreto de su magia. Pero todo aquél que fallara recibiría un temible castigo: sería transformado por el propio Lord en uno de sus famosos juguetes.

Como nadie conseguía ganar el reto, los rumores empeoraron: Margaret era una muñeca más. Pero ésas eran habladurías de la gente. Lo único cierto fue que, a lo largo de los años, el jardín de la mansión Shelley continuó llenándose con sus cada vez más impresionantes y realistas muñecas.

Escuchamos más ruidos provenientes de la planta superior y decidimos ir a investigar. Por un momento me sentí aliviado de abandonar el sótano del orfanato. Al salir al patio, divisamos una luz encendida en el último piso del bloque de dormitorios que estaba frente a nosotros.

—Este lugar aún cuenta con todos los servicios —dijo Lugo—. Hay luz, la llamada telefónica a mi despacho se hizo desde aquí, y no dudo que también tenga agua.

—¿De verdad quieres subir? —pregunté. Quería irme, aunque por otro lado la perspectiva de regresar a casa no era nada reconfortante. Ahí me aguardaba Greta y su deseo de que soñara con ella.

—Por supuesto —dijo Lugo—. Aquí no corremos peligro. ¿No te has dado cuenta de que alguien quiere que descubras todo esto? Nadie nos matará. No hasta que hayamos averiguado todo…

—Qué alivio.

Subimos por las escaleras del bloque de dormitorios. Continuamos utilizando las linternas porque los interruptores que presionamos en el camino no encendieron ninguna luz.

—El servicio sólo está conectado allá arriba —dijo el detective.

Caminamos despacio. Había basura acumulada en los rellanos y las cucarachas se movían en completa libertad. Procuré no pisar ninguna: nada más escalofriante que el crujido de un insecto en la oscuridad. Llegamos al último piso. Al fondo se veía una puerta abierta y la habitación iluminada: una invitación a entrar. A esas alturas ni yo pude rehusarla. Avanzamos mientras Lugo pronunciaba una frase típica de aquellas situaciones, pero no por ello menos inquietante:

—¿Hay alguien ahí?

Nadie contestó. Sólo se escuchaba el eco de nuestros pasos. Entonces comprendí: el peor de los miedos anida en las preguntas sin respuesta.

Entramos en la habitación. Había un camastro, una pequeña mesa con sobras de comida, un teléfono en el piso. La pared estaba llena de fotografías, recortes, documentos. Una de esas imágenes bastó para que yo recordara y se derrumbara la muralla que durante años me mantuvo a salvo de mi pasado: unos gemelos, niño y niña, posaban afuera del orfanato junto a sus nuevos padres.

Ella abrazaba una muñeca. Él sonreía. Había alegría y esperanza en sus rostros. Creían que iban a estar juntos siempre.

Expediente sin numeración
Nombre: Greta
País: desconocido
Fabricante: desconocido
Año: desconocido

Había unos gemelos huérfanos que vivían en un orfanato. Eran muy unidos y se prometieron que jamás se separarían, que sólo irían a una casa si los admitían a los dos. Esa oportunidad llegó: fueron adoptados por una pareja rica y astuta en los negocios. Al principio los hermanos estuvieron contentos en su nuevo hogar, pero esa felicidad duró poco. Los padres trabajaban demasiado, el dinero era su prioridad; pronto se dieron cuenta de que no querían a los dos niños. Sólo necesitaban a uno. El otro tendría que regresar al orfanato. Cuando le comunicaron su decisión a los pequeños, la niña dijo que eso era imposible: ella y su hermano tenían un

pacto, y saldrían juntos de esa casa. Inesperadamente, el niño cambió de opinión. Las comodidades vividas en ese lapso hicieron que rompiera la promesa y prefirió quedarse. La hermana partió con lágrimas en los ojos, el corazón lleno de odio. Volvió al orfanato y jamás salió de allí. Cuando creció, obtuvo trabajo limpiando los cuartos. Con el tiempo, se volvió conserje del lugar. Un día, el orfanato cerró; sin embargo, ella se quedó. Ahí moriría, pero antes quiso darle un último regalo a su hermano: la muñeca que la había acompañado todo ese tiempo. Su gemelo coleccionaba muñecas, ella lo sabía, pero ninguna como ésta. Le colgó su propia cadena en el cuello. Antes de meterla en la caja, le susurró al oído: "Sueña conmigo".

Desde entonces, ella acude todas las noches a visitar a su hermano. Y aunque a él no le gusta, ahora son inseparables.

EL ENCORVADO

Hoy en día ya nadie cree en vampiros. Fascinan, pero no se les teme. Se han convertido en mercancía, en ídolos juveniles, en pósteres desplegables. Dejaron de ser una amenaza y abandonaron el terreno de las pesadillas. Pareciera que nuestro inconsciente pactó una tregua con ellos. Sin embargo, hubo un tiempo en que quitaban el sueño. Florecieron en una época en la que enterrar a una persona no bastaba para mantenerla quieta. Si uno quería que los muertos permanecieran en su tumba, echarles tierra encima era lo de menos. Los muertos tenían sed, caminaban de noche. Atrancar la puerta y sostener un crucifijo tampoco era suficiente. En su insomnio, los habitantes de la Edad Media idearon una serie de complejos rituales para controlar la plaga. Los *comemortajas* tenían dientes afilados, uñas que seguían creciendo y con las que se abrían camino a la superficie. Había que adelantárseles. Abrir las lápidas antes que ellos y consumar los sortilegios. Si eras lento, no verías la luz del día. Todos lo sabían: *los muertos van deprisa*. Lamentablemente, esa frase nada significa para el confiado hombre contemporáneo. Nunca duerme con un ojo abierto en dirección al camposanto. En su casa ya no hay objetos de madera que se puedan afilar en forma de estaca, los ajos se malgastan en el sartén. Por fortuna, aún hay unos pocos que no quieren que olvidemos, cuya labor es preservar ese conocimiento antiguo: el miedo y su antídoto. Porque si los No Muertos regresaran, ¿qué sería de nosotros si no domináramos el arte de devolverlos a su morada eterna?

I

El mar estaba tranquilo y el cielo despejado cuando Luis Bonilla desembarcó en la ciudad de Sozopol, pero en su corazón se agitaba una tormenta. Hacía un año que había estado en ese mismo lugar, en la iglesia de Veliko Tarnovo, ayudando a desenterrar y clasificar los restos encontrados, y ahora se veía obligado a regresar por un hecho incomprensible. Aún faltaban dos horas para su encuentro con Bozhidar Dimitrov, el director del Museo Nacional de Historia, y el

arqueólogo Nikolay Ovcharov, su amigo y colega, así que fue al hotel. Tras registrarse, intentó dormir un poco.

No pudo. Dentro de él las nubes oscuras se agrupaban presagiando el mal tiempo.

Bulgaria no le gustaba, mucho menos su proximidad con el Mar Negro, pero era una zona inmejorable para su trabajo. Bonilla era un recolector de supersticiones, y de las huellas que las sustentaban. Viajaba por el mundo visitando excavaciones e identificando los objetos contenidos en ellas. También acudía a construcciones antiguas y registraba los vestigios de magia grabados en la arquitectura. Un año atrás, cuando terminaron de armar los restos del Encorvado para mostrarlos en el Museo Nacional de Historia, rechazó la invitación a quedarse unos día más en la casa de campo de Nikolay, en Sofía. Bonilla se sintió aliviado cuando el Mar Negro se convirtió en una pequeña alberca en la ventana del avión. Nunca había comprendido del todo ese desasosiego; suponía que el Mar Negro, con toda su carga histórica y simbólica, era también un estado del alma. Muchas supersticiones, tan antiguas como poderosas, habían prosperado ahí, entre ellas el mito del vampiro. Si existía la *saudade* para los portugueses y para los melancólicos en general, entonces en Europa Oriental tenían la superchería. Por extensión, todos los supersticiosos del mundo poseían un Mar Negro; es decir, un *mar interior*, con sus tormentas, sus abismos… Y sus criaturas.

Como las que habían habitado en Sozopol.

El Encorvado era una de ellas. Si Bonilla estaba de regreso, era porque su esqueleto había desaparecido.

II

El viejo pirata no era su primer vampiro.

Bonilla ya se había topado antes con rituales medievales para exorcizar *comemortajas*. En 2006 colaboró con el grupo de arqueólogos que desenterró a la vampiresa de la isla de Lazzaretto Nuovo, en Venecia. El esqueleto databa de 1576, y tenía un ladrillo entre las mandíbulas. Estaba en una fosa común en la que habían depositado a las víctimas de una plaga que azotó la ciudad en el siglo XVI, en la que también murió el célebre pintor Tiziano. En aquella época, cuando los enterradores removían la tierra para agregar nuevos cadáveres, veían con horror que algunos muertos habían devorado los paños que cubrían sus cabezas, que las bocas asomaban abiertas y llenas de sangre, como si tuvieran un hambre insaciable. Hoy en día eso tiene una explicación: las bacterias se comían la mortaja, la piel del cráneo y las manos se encogía, dando la impresión de que el

cabello y las uñas continuaban creciendo. Pero en la mente del hombre medieval aquellos enterrados seguían con vida, y eran los responsables de propagar la peste, pues al salir de sus tumbas buscaban succionar de los incautos la vida que se les escapaba. Entonces pensaron que la solución era trabar sus dientes y evitar así que los *comemortajas* siguieran alimentándose.

Aquel rito, sin embargo, parecía algo ingenuo comparado con lo que encontraron en Sozopol. Quienes enterraron al Encorvado en 1312 habían hecho todo lo posible para asegurarse de que no regresara.

Al viejo pirata lo habían, literalmente, clavado a su tumba.

III

¿Quién puede conciliar el sueño cuando se está rodeado del murmullo de la superstición? Bonilla se levantó de la cama y fue hacia la ventana. Pidió una habitación sin vista al mar, pero ahora comprendía que su estrategia había resultado inútil: al correr la cortina se encontró con el insondable bosque búlgaro. Su inquietud no era gratuita. Entre esos árboles se encontraba el *pinus heldreichii*, uno de los más viejos del mundo. En su visita anterior, Nikolay le mostró un pino al que se le calculaban mil trescientos años. Bonilla llevaba demasiado tiempo conviviendo con cosas antiguas y les tenía las necesarias dosis de temor y respeto. Volvió a cerrar la cortina, se sentó en el sillón y encendió el televisor. No consiguió distraerse: el noticiero presentaba un reportaje sobre el tema del momento: el hurto de la osamenta de Krivich, el *Encorvado*, extraída del Museo Nacional de Historia en días pasados. Hasta el momento no se tenía ninguna pista concreta. Las autoridades se mostraban herméticas.

Pero si me mandaron llamar, pensó Bonilla, es que algo saben.

Su estómago se encogió. Llevaba varias horas sin probar bocado y aún no tenía hambre. Prefería una copa de vino; decidió aguardar hasta que sus anfitriones llegaran.

Una ráfaga de viento se escuchó entre los árboles y la ventana de su cuarto se abrió de repente. La cortina se levantó y se mantuvo henchida, como si una presencia se asomara.

Bonilla procuró no alterarse e inclinó la cabeza para devolverle el saludo al antiguo bosque.

IV

El hotel en el que se hospedaba también era viejo, y el arqueólogo

había notado que en su fachada de piedra estaba grabado un talismán. Uno con el que se había topado en varias ocasiones a lo largo de su carrera. La forma y el contenido eran los mismos, sólo variaba la superficie: podía ser metal, roca o marfil. También lo había visto en pergaminos.

A B R A C A D A B R A
A B R A C A D A B R
A B R A C A D A B
A B R A C A D A
A B R A C A D
A B R A C A
A B R A C
A B R A
A B R
A B
A

Bonilla no olvidaba que en la Edad Media los talismanes y amuletos eran utilizados como protección contra todo tipo de calamidades, entre las que se contaban la peste, los demonios y el mal de ojo. La gente los colocaba en las puertas de sus casas o se los colgaba en el cuello. Hubo incluso ciudades que los tenían esculpidos en sus puertas amuralladas. Una mosca de oro protegió a Nápoles contra los insectos; un reptil y un ratón cuidaron a París de las ratas y el fuego, y una serpiente de bronce libró a Constantinopla de los reptiles. Pero lo que más perturbaba a Bonilla era la ubicua obsesión con el mal de ojo, probablemente la más antigua de las supersticiones. Como señalaban algunos expertos, el talismán de la Medusa servía a los griegos como protección contra esa superchería. La ponían en sus joyas, vestidos, monedas y herramientas. Y, sobre todo, aparecía en los hogares de los atenienses. Se trataba de la llamada “magia imitativa”: se combatía el mal con el mismo mal. *Similia similibur curantur*: lo semejante cura lo semejante. Y el de la Gorgona era un mito fascinante, porque además representaba el origen de los amuletos.

En la fachada de su hotel había uno; le pareció un mal augurio, pues lo que más temían los antiguos habitantes de Sozopol era la mirada del Encorvado.

V

El viejo pirata estaba lisiado, pero eso no le impedía gobernar la fortaleza de Sozopol. Sus limitaciones físicas las compensaba con una aguda inteligencia. La leyenda afirmaba que Krivich dominaba las fuerzas del mar y las tormentas. Que había luchado en decenas de

batallas. Que su cuerpo estaba lleno de cicatrices, la mitad de ellas suficientes para provocarle la muerte a cualquiera. Por eso muchos pensaban que era *algo más*. Que por las noches era capaz de recorrer grandes distancias despegando su maltrecho cuerpo del piso. Una crónica bizantina describía cómo abordaba los barcos volando de una cubierta a otra. El Encorvado cortaba las cabezas de sus enemigos y las recolectaba. Un grabado de la época lo representaba alejándose de un barco por los aires con la espada en una mano, y un racimo de cabezas en la otra. Los lugareños actuaban siempre igual con él: durante el día lo respetaban, pues alejaba a los invasores, y por las noches le temían. Siglos después, cuando el equipo al que pertenecía Bonilla escarbó en la iglesia de Veliko Tarnovo, encontraron el cadáver de Krivich clavado a su tumba con una barra de hierro. Quienes lo enterraron le ataron las piernas y los brazos. También le hundieron en repetidas ocasiones la estaca en el tórax y el estómago.

Las crónicas nada decían sobre la causa de su muerte.

Y si nada decían, era porque quizá se pensaba que no estaba muerto.

Puedes creer o no en las supersticiones, pensó Bonilla mientras miraba el reportaje en la televisión, pero tanta violencia contra un lisiado parece, cuando menos, excesiva.

A menos que, en efecto, el Encorvado pudiera volar.

VI

Mientras esperaban en el restaurante del hotel a que sirvieran la cena, Dimitrov y Nikolay hicieron un resumen del caso, agregando algunos datos que la policía había ocultado a los medios. Bonilla llenó las copas con vino tinto; se contuvo de apurar la suya de un solo trago porque el líquido tenía el color de la sangre.

No había sospechosos, tampoco testigos.

—El robo de arte sacro y el saqueo de tumbas históricas es común en esta zona —dijo Nikolay—. Pero esto me parece en realidad una broma siniestra.

—No estés tan seguro —intervino Dimitrov, mientras se acariciaba la barba, blanca y espesa—. Recuerda que el esqueleto fue encontrado en una iglesia. Para más de algún loco, los huesos del viejo Krivich deben ser una reliquia.

—¿En verdad no hay pistas? —preguntó Bonilla— ¿Las cámaras del museo no captaron algo?

Sus anfitriones intercambiaron una mirada.

—Nada —dijo Dimitrov—. Son cámaras viejas, no funcionan bien.

—La entrada del Museo no fue violada —agregó Nikolay—. Tampoco hay huellas. Sólo uno de los vitrales estaba roto…

—Esa noche hubo una tormenta —interrumpió Dimitrov—. El granizo pudo romperlo. La policía cree que el ladrón lo utilizó para entrar, pero parece poco probable.

—¿Por qué? —Bonilla jugaba con los cubiertos, nervioso.

—Porque es un vitral que está a diez metros de altura —respondió Nikolay. Luego añadió con sarcasmo—: tendría que poseer poderes sobrenaturales, ¿no crees?

Dimitrov puso una mano sobre el brazo de Nikolay.

—No es necesario inquietar de más a nuestro invitado. No se te olvide que Luis es supersticioso.

Nikolay sirvió más vino a todos, y cambió de tono.

—Sólo estoy señalando que el ladrón escogió el camino más complicado para cometer el robo.

Se hizo un silencio. Bonilla dio un par de tragos a su copa y preguntó:

—¿Por qué estoy aquí? Difícilmente podré contribuir en la investigación. Soy arqueólogo, no detective.

—¿Qué tiene de raro? —respondió Dimitrov— Son dos profesiones muy parecidas. Además, tú nos ayudaste a recuperar los restos. Conoces como pocos el caso.

—Basta —intervino Nikolay—. Luis merece saber la verdad…

Bonilla se revolvió en su lugar. Pensó en beber más vino, pero a estas alturas el tinto le parecía sangre coagulada.

Dimitrov suspiró y se pasó una mano por la barba.

—Si estás aquí es porque el ladrón dejó una nota…

—¿Y qué decía? —Bonilla volvió a cambiar su cuerpo de posición, incómodo.

Esta vez fue Nikolay el que respondió:

—Que sólo devolvería el esqueleto si tú venías a reclamarlo.

VII

El viento helado del bosque azotaba la ventana de su habitación, pero esta vez Bonilla se encargó de asegurarla bien. Era de madrugada y el sueño se le seguía negando. Parecía que el influjo del Mar Negro le impedía descansar, como si ese mar antiguo ocupara cada rincón igual que una presencia. El arqueólogo conocía las leyendas locales. Una de ellas afirmaba que las almas de los ahogados provocaban el insomnio de los marineros. Las almas en pena no dormían, estaban despiertas para toda la eternidad, y reclamaban compañía constante. Bonilla se

estremeció al pensar en el Mar Negro como un caldero de fantasmas que susurraban en los oídos de los soñolientos. La leyenda no terminaba ahí. Decía que, para mantenerte despierto, los muertos revelaban secretos que traían buena fortuna. En cambio, si te dormías, te harían saber en sueños la fecha de tu muerte.

Dimitrov y Nikolay se habían marchado poco después de terminar la cena. Mañana temprano, le informaron, vendría un reportero del periódico local a hacerle una entrevista. La idea era difundir su presencia en Sozopol para que el ladrón se pusiera en contacto. Le aseguraron que no tenía nada de qué preocuparse, que la policía les ofreció vigilancia y protección. Pero Bonilla dudaba. Se trataba del esqueleto de un viejo pirata, de una curiosidad histórica, no de un tesoro nacional como para que las autoridades se involucraran de verdad. La prueba estaba en los pocos resultados conseguidos hasta el momento. Y ahora sus anfitriones lo utilizaban a él como carnada.

Bonilla cambió de postura en la cama por enésima vez. Clavó la mirada en la pared y se puso a contemplar las grietas. Poco a poco el vino ingerido durante la cena hizo efecto, los ojos comenzaron a cerrársele.

El arqueólogo soñó. Estaba en el fuerte de Sozopol. El lugar había sido invadido por enemigos y ardía en llamas. En la orilla del mar podían verse algunos barcos que disparaban balas de cañón. A su alrededor decenas de hombres combatían cuerpo a cuerpo. De pronto, un grito desgarrador llamó su atención. Se orientó entre el humo y encontró en el piso a un hombre agonizante. La sangre le brotaba profusamente de una herida en el cuello. Vio también que portaba una cadena de plata de la que colgaba una insignia: una cruz que terminaba en forma de daga, y en cuyo centro había un escudo con la letra *R*. Bonilla creyó reconocer al moribundo. Apartó los cabellos ensangrentados de su rostro y le pasó un pañuelo para limpiárselo.

El moribundo abrió los ojos. Justo en ese momento el arqueólogo despertó.

VIII

Por la mañana, cuando se levantó de la cama, Bonilla no pudo recordar el rostro del hombre de su sueño, pero sí la insignia que portaba: pertenecía a los Reliquianos, una secta de cazadores de vampiros del siglo XIV. Descolgó el teléfono que reposaba sobre la mesilla de noche y marcó a su despacho en Barcelona. Del otro lado le contestó la voz aflautada de Enrique, su asistente. Era un treintañero que aún vivía con sus padres, cuyo único vicio eran las bibliotecas, los archivos y los libros antiguos. Nunca se lo había preguntado, pero

Bonilla sospechaba que aún era virgen. En los cinco años que llevaba trabajando con él, jamás le había conocido una chica. En principio eso le agradó, pues lo convertía en el candidato ideal, sin distracciones para ordenar las carpetas de sus investigaciones. Sin embargo, últimamente se preocupaba por él. Bonilla no era un donjuán, pero se las arreglaba de vez en cuando para conquistar a una mujer en medio de sus constantes viajes. Enrique le despertaba sentimientos encontrados, pues también le recordaba qué era ser joven, algo que le parecía haber vivido hacía mucho tiempo. “Si vives en el pasado, es difícil conectar con el presente. Y a la vez, sino te conectas con el presente, difícilmente recordarás con claridad el pasado”, le dijo alguna vez un amigo, sobre la paradoja que encerraba su profesión de arqueólogo. Bonilla sabía que era un ser extraño, que algo debía funcionar mal en él pues mostraba más interés en los muertos que en los vivos, como si en realidad buscara una respuesta para sí mismo que no le podía brindar su entorno. Y no quería que lo mismo le sucediera a Enrique. A veces le daban ganas de despedirlo, de ofrecerle una liquidación y decirle: “Ve a un burdel, enciérrate una semana y gástatelo en putas”. Pero necesitaba de su asistente. Además, nadie obligaba a Enrique a hacer su trabajo. Así que aquella mañana le pidió que buscara en las carpetas información sobre los Reliquianos y que se la enviara a su correo electrónico. Después Bonilla se bañó y se preparó para recibir al reportero.

Más tarde, rechazó una invitación de sus anfitriones para almorzar con ellos. No tenía ganas de ver a Dimitrov y a Nikolay; se sentía utilizado y prefería verlos después, cuando su molestia hubiera disminuido. En lugar de eso, dio un paseo por el bosque. Necesitaba despejarse, y prefería la foresta a la orilla rocosa de la playa.

Caminó con las manos en la espalda, sumido en sus pensamientos. En algún momento, se dio cuenta de que estaba rodeado por una espesa niebla. Había llegado de manera repentina, impidiéndole distinguir la ubicación del hotel. Bonilla se asustó. Los árboles que lo rodeaban parecían delgados espectros detrás de la cortina blanca.

Entonces escuchó una voz susurrante, que lo envolvía como si proviniera de la niebla.

“Sé que estás aquí.”

Bonilla echó a correr. Y aunque se alejaba, sabía que nada podía hacer para apartar aquella voz de sus oídos.

IX

De regreso al hotel, Bonilla bebió una copa de vino para tranquilizarse. Después encendió su laptop y revisó el correo. Había

un mensaje de Enrique. Era un asistente insuperable. Las putas podían esperar.

El correo resumía la historia de la secta de cazadores de vampiros:

Los Reliquianos no se llamaban así en un principio. Fueron una orden militar cristiana formada durante la primera década del siglo XIV, que estaba a las órdenes del Vaticano, y cumplía misiones secretas, especialmente las relacionadas con temas como el ocultismo y la hechicería. El Papa Clemente V los expulsó de la Iglesia católica, acusados de herejía y de actuar en beneficio propio, pues se descubrió que robaban reliquias, las cuales utilizaban para cazar vampiros. Clemente V fue un pontífice que se encargó de hacer una limpia de las milicias: también erradicó en aquella época a los Templarios. Cuando los Reliquianos fueron separados de la Iglesia, se les comenzó a llamar así, pues se decía que todos sus actos estaban encaminados a la obtención de la que consideraban la reliquia por excelencia: el esqueleto de un No Muerto. Mientras más antigua fuera la reliquia, mayor poder tenía, y no existían huesos más viejos que los de un vampiro. Algunas leyendas afirman que los Templarios sobrevivientes a la aniquilación se sumaron a los Reliquianos, conformando una secta temible.

Nunca se supo si consiguieron su siniestro Grial. Su rastro se pierde a partir de 1312. Jamás se volvió a saber de ellos.

X

Como Bonilla se negaba a abandonar el hotel, sus anfitriones le concedieron reunirse otra vez en el restaurante. Esta vez, el arqueólogo pidió vodka. No quería que nada le recordara el color de la sangre, pero Dimitrov tuvo el mal gusto de pedir un bistec crudo. Nikolay pidió también una abundante cena. El único con el apetito estropeado era Bonilla. Mientras los demás masticaban, él apuraba su bebida.

—Esta noche podrás dormir tranquilo —dijo Dimitrov. Su barba blanca se iba tiñendo de rojo conforme comía—. Afuera del hotel está un coche de la policía. Montará guardia durante estos días.

—Además —añadió Nikolay con la boca llena de comida—, tienes nuestros teléfonos. Sabes que estamos cerca…

Si creen que todo está bajo control, pensó Bonilla, ¿por qué diablos no duermen en este hotel, cerca de mí? No tenía idea dónde se hospedaban sus anfitriones, sólo sabía que habían viajado desde Sofía hasta Sozopol. Sin embargo, no se atrevió a decir nada al respecto, pues sonaría demasiado infantil, como el niño que desea dormir en la

cama de sus padres. En ese momento, con el bosque búlgaro de un lado, el Mar Negro del otro, y el esqueleto del Encorvado desaparecido, Bonilla se preguntó si su miedo era solamente producto de una regresión a la infancia o una auténtica alerta de su instinto de supervivencia.

—Nunca me lo mostraron —dijo de pronto Bonilla, en voz baja, casi para sí mismo.

—¿Qué? —preguntó Nikolay, que limpiaba su plato con un pedazo de pan.

—El mensaje del ladrón. Me dijeron lo que decía, pero no me lo enseñaron.

Nikolay se metió el pan en la boca. Miró a Dimitrov, desentendiéndose de la respuesta.

—Bueno —dijo Dimitrov, quien puso los brazos sobre la mesa y se inclinó un poco, como para asegurarse de que nadie más lo escuchara —, dado tu carácter supersticioso, preferimos guardárnoslo.

—¿Por qué? —Bonilla miró su vaso de vodka y constató con horror que estaba vacío— ¿Qué hay de especial en el mensaje?

Dimitrov abrió la boca, pero Nikolay se adelantó:

—Está escrito en búlgaro antiguo.

XI

Al día siguiente, Bonilla decidió que no podía pasarse todo el tiempo encerrado. Tenía que combatir sus miedos, así que lo primero que hizo fue salir a comprar el periódico. Vio el carro de la policía estacionado frente al hotel; lejos de tranquilizarlo, le hizo pensar en la seriedad del asunto. Fue hasta un kiosco cercano, y después se sentó en un café al aire libre. El cielo estaba encapotado, con un aspecto muy similar al del Mar Negro. Lo dicho, pensó. Este maldito mar parece apoderase de todo. Pasó las páginas del periódico y vio su entrevista. Era de media página. Habían colocado una fotografía de hacía un año, cuando participó en la exhumación del Encorvado.

El encabezado decía:

ARQUEÓLOGO BUSCA ESQUELETO DESAPARECIDO

¡No era cierto! Él estaba colaborando con sus colegas, pero la nota le hacía parecer como un arqueólogo convertido en detective. Bonilla recordó las palabras que Dimitrov dijo la noche de su llegada: “Son dos profesiones semejantes”; sin duda, todo esto era para él como un juego. Molesto, pasó las páginas del periódico e intentó distraerse con

otras secciones.

En la página policiaca una nota llamó su atención:

TERCERA VÍCTIMA EN SOZOPOL

El cadáver también estaba decapitado, lo que hace sospechar de un asesino serial

Bonilla cerró el periódico. Quería huir. No le importaba que su reputación como arqueólogo e incluso como hombre quedara destrozada. Si entre sus colegas pasaba de supersticioso a cobarde, era lo de menos. No quería estar un día más en aquel lugar, donde el Mar Negro lo inundaba todo. ¿Qué faltaba? ¿Que aquellas aguas oscuras se metieran bajo sus ropas?

Como respuesta, en ese momento comenzó a llover.

XII

La lluvia pronto se convirtió en una fuerte tormenta. Bonilla se vio atrapado en su cuarto de hotel. Todos los servicios de transporte habían suspendido actividades hasta nuevo aviso. Tras el cristal de la ventana, el mundo era una gran catarata. Lo único que lo consolaba era el pensamiento de que ningún ser alado, por enorme que fuera, podía volar bajo aquel clima.

¿O sí?

Se lamentó de que su habitación no tuviera chimenea. El fuego le vendría bien, no sólo para calentarse, sino porque las llamas, ya se sabe, son efectivas a la hora de espantar a los grandes predadores. La única certeza era que no podía hacer nada más que estar encerrado entre esas cuatro paredes. Eso, y revisar su correo.

De nuevo, un mensaje de Enrique, *semper fidelis*. Dios lo guarde de las putas. Agregaba más datos sobre los Reliquianos. Una crónica de la época describía su técnica a la hora de cazar vampiros. Las reliquias robadas eran fundamentales. Sus integrantes se colgaban dedos momificados, dientes, huesos u órganos ennegrecidos y arrugados como ciruelas. Uno de ellos, se decía, llevaba la lengua de un santo famoso. Estos despojos impedían que los No Muertos los *vampirizaran*. Porque el mayor terror de los Reliquianos no era morir en su cruzada, sino convertirse en aquello que perseguían. También había una duda, expresada por el cronista: si alguno era mordido, ¿cuál podía ser la consecuencia de no ser transformado? “Todo don implica una condena”, sentenciaba el autor. Una pregunta sin respuesta, pues los

Reliquianos eran inaccesibles; todo lo que se sabía de ellos eran habladurías de la gente, información que pasaba de boca en boca, de pueblo en pueblo.

Ahí terminaba el correo. Bonilla aprovechó para pedirle otro favor a Enrique: la información completa sobre el Encorvado. En su visita anterior a Sozopol había recolectado abundante material, y necesitaba refrescar su memoria.

El teléfono sonó; el arqueólogo pegó un brinco en el sillón en que se encontraba. Se levantó y cruzó la habitación para contestar. Del otro lado escuchó la voz agitada de Nikolay.

Había interferencia en la línea. Sus palabras llegaban entrecortadas.

—¿Qué dices? —preguntó.

Se escucharon ruidos ensordecedores. Parecía que Nikolay estaba en el centro de la tormenta. Tras unos segundos, su voz brotó con claridad:

—Dimitrov desapareció.

XIII

Durante la madrugada, la tormenta continuó con fuerza. Hacía más de dos horas que la comunicación con Nikolay se había interrumpido. Su colega no alcanzó a decirle nada más. Le dio la noticia y después su voz fue tragada por la línea. Bonilla quedó sumido en la incertidumbre, mientras la cortina de agua azotaba con furia el cristal de la ventana, como si a la lluvia no le bastaran el bosque y el mar, y también quisiera caer dentro de la habitación. Por fortuna, los correos de Enrique continuaban llegando. ¿Es que acaso aquel muchacho no dormía? ¿Qué lo mantenía despierto? ¿Una mujer, quizá?

O un vampiro. La misma criatura que lo mantenía insomne a él.

El correo traía más noticias del Encorvado. Enrique encontró un fragmento del diario del viejo pirata. Bonilla olvidó que era parte de la información rastreada durante la investigación que rodeó las excavaciones. Se movía de un hallazgo a otro, viajando constantemente, y a veces los detalles se perdían en su cabeza. Agradeció a todos los dioses del cielo y el abismo por su asistente. ¿A qué se debe que siga despierto?, pensó. ¿Está con una puta, el desgraciado? Mientras Bonilla arriesgaba el pellejo, el otro se divertía. Luego se encargaría de eso…

A través de un océano de tiempo, la voz de Krivich le habló:

27 de octubre de 1312

Mis enemigos crecen. Lo que no saben es que mi fuerza aumenta con ellos. No son más que un ejército de ratas que medra en las sombras. Indignos que desean mi poder. Vienen por mar y atacarán el fuerte. Mi deber es con el pueblo de Sozopol. Jamás abandonaré a su gente. Es la misión que se me ha encomendado, y por la que se me permite sobreponerme a este cuerpo lisiado. La carta de la bruja Petya llegó a tiempo para advertirme. Estaré preparado. Ella me es fiel, por eso mi corazón le pertenece. Le debo agradecimiento eterno. Este pueblo también. Reproduzco aquí sus palabras. Si la historia ha de condenarme, a ella la debe santificar…

Mi amado Krivich:

Los Reliquianos me sorprendieron en el monasterio. No los soñé venir; no cabe duda que han adquirido poderosos amuletos que los ayudan en su siniestra misión. Se hicieron con la mano momificada que resguardaba, y ahora van a buscarte por vía marítima para ahorrar tiempo.

Antes de que se marcharan lancé una maldición sobre su líder. Le dije: “Si tratas de usar la reliquia que me robaste para cazar a un vampiro, quedarás condenado a perseguir a esa criatura por toda la eternidad”.

Se rio de mí y escupió en el suelo. Venga mi honor. Contamina su sangre. Completa mi sortilegio.

Sólo espero que el cuervo que envío llegue antes con mi mensaje.

Tuya siempre,

Petya

Bonilla apagó su computadora y se reclinó en el sillón. Cerró los ojos e intentó pensar en lo que acaba de leer, pero el estruendo de la tormenta se imponía en su cabeza. Es el Mar Negro, se dijo, que quiere entrar e inundarlo todo, ese mar maldito que pretende ahogarme en mi propia habitación.

Otro ruido llamó su atención: la ventana se hizo añicos y una sombra se precipitó dentro del cuarto.

XIV

Cuando comprendió lo que sucedía, el agua le llegaba a los pies. Bonilla se incorporó y salió de la habitación. Fue a la recepción, pero no encontró a nadie. Buscó en los pasillos con idéntico resultado. La inquietud dio paso al enojo: ¿cómo era posible que no hubiera algún

empleado del hotel al cual informarle que la rama de un árbol había destrozado la ventana? Después, un pensamiento absurdo cruzó por su cabeza: ¿acaso se habían marchado todos, como se abandona un barco que está por hundirse? Lo más extraño era que tampoco parecía haber huéspedes. Tocó en tres puertas sin que le abrieran. Decidió no hacerlo en otras: si nadie le respondía terminaría por enloquecer. Lo mejor era arreglárselas él solo.

Al volver a su habitación, encontró a un hombre de espaldas, mirando hacia la tormenta.

El arqueólogo buscó algo con qué defenderse, pero no tenía nada a la mano. La figura volteó y Bonilla pudo ver el rostro descompuesto de Nikolay. Estaba empapado. La expresión en sus ojos denotaba extravío. El arqueólogo sacó una toalla del baño que utilizó para arroparlo. Luego tomó una botellita de brandy del minibar y se la entregó.

—¿Qué pasó? —preguntó, mientras se sentaban en la cama.

Nikolay bebió mecánicamente.

—No lo sé. No sé cómo demonios llegué aquí.

XV

Nikolay se reanimó con el brandy. Miró a su alrededor, impresionado por los efectos de la tormenta: la lluvia entraba en ráfagas a través de la ventana rota, el viento hacía volar papeles y hojas de árbol por toda la habitación. El agua cubría el piso, conformando una pequeña alberca en la que flotaban algunas prendas de Bonilla. Un suéter con las mangas extendidas que estaba cerca de un sombrero daba la impresión de ser el cuerpo de un hombre ahogado.

—Mierda —dijo Nikolay—. Esto parece el camarote de un barco que se está yendo a pique.

—Nos hundimos —dijo Bonilla, con tono grave—. Nos hundimos en el puto Mar Negro.

Los arqueólogos intentaron poner un poco de orden en medio del caos. Con mucho esfuerzo levantaron la pesada rama y la arrojaron de regreso al bosque. Luego fueron por más toallas y por la cortina de baño. Tras una larga faena consiguieron tapar el agujero de la ventana. El agua seguía entrando, pero en menor cantidad. La duela crujía con sus movimientos. Por un instante, Bonilla sintió que en verdad estaban en una embarcación, que si miraba afuera no se sorprendería de encontrar mar abierto.

Exhaustos, se tiraron en la cama. La tormenta comenzó a ceder.

—¿En verdad no sabes cómo llegaste aquí? —preguntó Bonilla.

Sentía el cuerpo entumecido por el frío y el esfuerzo— ¿Qué pasó con Dimitrov?

—Lo único que te puedo decir es que dormíamos. El ruido de la tormenta nos despertó. Dimitrov se levantó de su cama, dijo algo que no entendí y salió de la habitación. Yo me quedé acostado, dormitando. Nunca regresó…

—¿Dónde se están hospedando?

Nikolay tenía la boca seca. Tragó saliva como si se tratara de un puñado de arena.

—En una casa de seguridad de la policía.

Bonilla se llevó las manos a la cabeza, incrédulo.

—Cabrones. Sabían que esto podía salir mal, ¿verdad?

—Fue idea de Dimitrov. Sabes que yo no creo en supersticiones…

El arqueólogo se incorporó y miró fijamente a Nikolay.

—¿Y después qué pasó? No quiero más engaños…

—Te juro que te estoy diciendo la verdad. Lo busqué por toda la casa. La puerta de la entrada estaba abierta y me asomé. La tormenta rugía. Por encima de ella, escuché un aleteo. Lo siguiente que supe es que miraba la ventana rota de este cuarto.

Bonilla se volvió a recostar en la cama. Llevaba varias horas sin dormir. Se sentía agotado.

—Tenemos que irnos —dijo—. Esperaremos a que la tormenta disminuya un poco más y entonces nos largamos.

La lluvia lo arrulló. Sin darse cuenta, Bonilla se quedó profundamente dormido. Y soñó. Estaba de nuevo en aquella batalla en el fuerte de Sozopol. Tenía en sus brazos al hombre herido que se desangraba por el cuello. Le había limpiado el rostro y pudo verlo con claridad. En medio de las explosiones, el fuego y las balas de cañón que pasaban silbando por encima de ellos, reconoció al guerrero moribundo.

Era él mismo.

XVI

Antes de abrir los ojos se dio cuenta de que la tormenta había terminado. Un silencio abrumador lo inundaba todo, como si después del estruendo ningún otro ruido tuviera sentido. En la penumbra distinguió a Nikolay recostado a su lado. Algo no estaba bien. Pensó que eran las brumas del sueño, y se frotó los párpados. Después entendió: la cabeza de su colega estaba sobre la almohada, pero faltaba el cuerpo. Un nudo en la garganta le impidió gritar. Por el rabillo del ojo vio una sombra enorme; se destacaba en la oscuridad

del cuarto, igual que un pájaro gigantesco posado en el alféizar de la ventana. Bonilla se incorporó, enfrentando al visitante.

—Ahora ya sabes quién eres —dijo Krivich desde la ventana. Su voz era como el graznido de un cuervo—. Dejaste de ser mortal en el año de 1312. Mi mordida te dio vida eterna, pero la reliquia que portabas impidió que te transformaras. La maldición de Petya funcionó. Por cierto, te manda saludos…

El viejo pirata soltó un hondo suspiro. Un olor a mortaja podrida inundó la habitación. Después, con cierta nostalgia, agregó:

—Ha pasado tanto tiempo que lo has olvidado.

Bonilla no supo qué decir. Lo único que atinó a pensar fue que, más allá de la ventana, el cielo clareaba: no tardaría en amanecer.

—Setecientos años sin vernos, y no me dices ni una palabra. Yo, en cambio, te traje un regalo.

La mano de Krivich se movió en las sombras y arrojó un bulto a los pies de Bonilla. Era un racimo de cabezas. Entre ellas, el arqueólogo reconoció la barba blanca de Dimitrov.

—Como bien supones —dijo Krivich—, no tengo mucho tiempo. Seré breve: tiempo después de nuestra batalla, alguien con mayor destreza que la tuya me dio caza y me condenó a una tumba. Irónicamente, fuiste tú quien me liberó, hace exactamente un año. Sólo quería darte las gracias…

Se escuchó un batir de alas en la penumbra.

—¡Espera! —gritó Bonilla— Tengo muchas cosas que preguntarte…

La luz del amanecer comenzó a entrar en el cuarto, mostrando la figura encorvada de Krivich. Bonilla vio su cuerpo maltrecho y su rostro cruzado de cicatrices; en cambio, los colmillos resplandecían como joyas.

—No te preocupes —dijo el viejo pirata, con voz cansada—. Nos volveremos a ver, el 24 de septiembre de 2015, en los Alpes Suizos. Ve preparado: ese día caerá una tormenta de nieve.

Krivich giró en la ventana y miró el cielo. Cada que podía, le gustaba robarle unos segundos al amanecer. La criatura contempló la luz del astro que le era negado, como si lo desafiara. Luego desapareció entre los árboles de esa ciudad que continuaría defendiendo contra los invasores.

EPÍLOGO

Los dos hombres se movieron bajo tierra. Utilizaron un mapa para ubicarse en los viejos túneles, hasta que desembocaron en los canales

del desagüe. Algunas ratas huyeron, asustadas ante su paso. Giraron a la derecha y se toparon con los restos de un campamento de indigentes abandonado: latas de comida, botellas de vino vacías, ropa mugrienta, un colchón quemado. Minutos después, un rayo de luz les indicó que estaban muy cerca de la superficie. Treparon por la escalera, empujaron la alcantarilla y salieron a una calle lateral, poco transitada. La noche caía sobre Barcelona. La Sagrada Familia se alzaba a sus espaldas, como una sombra acusadora que los acechó durante varios minutos. Cuando alcanzaron el Barrio Gótico y se perdieron entre sus estrechos callejones, se sintieron más tranquilos.

Llegaron ante un zaguán. Antes de hablar, se aseguraron de que nadie los había seguido.

—Espero que le dé buen uso —dijo Enrique—. No soy un católico ferviente, pero robar un trozo de muerto me hace sentir culpable.

—Ten por seguro que así será —Bonilla sacó un juego de llaves y abrió la puerta. Vio dudar a su asistente, así que preguntó—: ¿Vienes?

El rostro de Enrique se sonrojó.

—Lo siento. Tengo una cita.

—¿Cómo que una cita? —exclamó Bonilla, sorprendido.

—¿Qué usted no sale con mujeres? —Enrique parecía ofendido.

—Por supuesto…

—Pues eso.

—Perdona, pensé que… —Bonilla se interrumpió—. Olvídalo.

Enrique le estrechó la mano.

—Buena suerte con el hueso —dijo, y se marchó.

Bonilla esperó hasta que el eco de sus pasos dejó de escucharse. De pronto se sintió solo, vacío. Envidió a su asistente. Luego metió la mano en la bolsa de la chamarra y palpó el pañuelo con el que había envuelto la reliquia. A él le esperaba otro tipo de cita. Cerró la puerta y subió las escaleras. Ya habría tiempo para pensar en mujeres. Vaya que sí.

Tenía la eternidad por delante.

EPÍLOGO

Este es el libro que cierra la llamada "Trilogía de terror". Considero que *Los niños de paja, Demonia* y *Mar Negro* pertenecen a una misma etapa creativa, en la que mi interés por convertir al Centro de la Ciudad de México en el

personaje principal, y por reinventarlo a través de la mirada sobrenatural, es el eje rector. Un proyecto que me llevó nueve años y que se reflejó en 28 cuentos. Los relatos que he escrito desde entonces, aunque también pertenecen a la literatura de lo extraño, tienen otro enfoque e intención.

Los padres antiguos

Fui invitado a Bacalar a dar un taller literario en la Casa Internacional del Escritor. Soy una criatura urbana; el contraste con la exuberancia del caribe y su fauna me causó un profundo impacto. En mis caminatas por las calles de este pueblo mágico me topaba con animales aplastados por las llantas de los vehículos, que me resultaban irreconocibles. Mi mente comenzó a imaginar una historia, pero como casi siempre me sucede, necesitaba conectarla con algo más. Fue entonces que escuché sobre los estromatolitos y su papel en la creación de la vida fuera del agua. De regreso en casa, una breve investigación amplió el panorama con el detalle de los experimentos de la NASA. En efecto, allí había un cuento.

Torre Latino

Le tengo pavor a las alturas. Pero pidieron un relato navideño para un suplemento literario, y por alguna razón —supongo que porque sabía que se trataría de un cuento de terror—, decidí ubicarlo en la Torre Latino, a la que nunca antes me había subido. Así que me armé de valor y llegué hasta el Museo de Sitio, ubicado en el piso 38. Lo que allí encontré me dio la pauta para el relato. Dato curioso: sólo he escrito dos cuentos de fantasmas, y éste es uno de ellos. El otro está en *Los niños de paja* y se llama "La vida secreta de los insectos".

Mar de la tranquilidad, océano de las tormentas

Mi primo Carlos tiene esquizofrenia, y también un gemelo, Jorge. Durante mi infancia y mi adolescencia conviví mucho con él, antes de que el demonio de la locura lo apartara de la familia y de la sociedad. Es una persona brillante, interesada en el conocimiento y en la poesía. Recuerdo uno de sus versos: “*And in the stars, in the night, nothing but the stars*”. Mis hermanos Jorge y Luis, que son de la edad de los gemelos, crecieron con ellos y me contaron algunas historias, que son la raíz de este cuento. El libro *Lunáticos. Qué fue de los hombres que pisaron la Luna*, de Andrew Smith, hizo el resto.

Como dos gotas de agua que caen en el mar

El edificio *art decó* donde está ubicado este cuento se alza en el cruce de las calles Victoria y Revillagigedo, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Igual que en el relato, durante mucho tiempo tuvo un letrero de SE RENTA, pero era imposible volverse su inquilino. Un amigo lo había intentado en diversas ocasiones, y yo también: nadie contestaba el teléfono. No me quedó más remedio que imaginar la razón detrás de ese misterio.

La otra noche de Tlatelolco

La idea original de esta historia era mucho más ambiciosa: quería escribir algo al estilo de *The League of Extraordinary Gentlemen* de Alan Moore, donde incluiría a personajes como el Santo, Kalimán, Zoveck e incluso a la Aura de Carlos Fuentes, y los enfrentaría con una legión de *zombiessurgida* de la masacre del 68. Para fortuna de los lectores, me parece, comprendí lo desmedido del proyecto y decidí simplificarlo: conservé la idea de los estudiantes que se vengan —convertidos en autómatas— de los soldados que los asesinaron, y convertí el relato en una historia de amor.

El ciego

Don Manuelito fue mi vecino en un edificio del Centro, y como narro en este cuento, me pedía que le sirviera sus medicinas, porque no veía bien. Sin embargo, un día me lo encontré en la calle, lejos de su casa, cruzando la avenida con soltura. Eso me puso a pensar. Fiel a mi costumbre, sólo pude imaginar cosas retorcidas. Por otra parte, “El ciego” es uno de los relatos más personales que he escrito, donde

expongo mis manías y obsesiones con franqueza, y también la manera en la que funciona mi mente.

El brazo robado

Cuando terminé de escribir la novela *Toda la sangre*, perteneciente a la Saga Casasola, me quedé con la sensación de que me faltaba algo por contar: una historia que no había encontrado espacio en el libro, y que tenía que ver con los poderes que los aztecas otorgaban a las mujeres muertas en parto. Aproveché, también, para rendir un homenaje a la parte del Centro en la que vivía en ese momento, cercana a los lugares que describo: el Palacio Chino, la Ciudadela, el Mercado Juárez, donde comí incontables caldos de gallina. Dato curioso: actualmente soy un convencido vegetariano.

Ven a mí

Siempre me han llamado la atención los anuncios clasificados sobre "amarres". Me parece siniestro el hecho de que alguien quiera obtener el amor de otra persona a la fuerza. Pienso que si estos rituales funcionaran en la vida real, las consecuencias serían funestas, como sucede en el cuento, porque el amor debe ser un acto espontáneo y, sobre todo, recíproco.

Sueña conmigo

He aquí el gran cliché: las muñecas embrujadas. Como narrador de historias de terror, creo firmemente en que, de vez en cuando, hay que probarse con los lugares comunes, y buscarles un ángulo diferente. Mi apuesta, en este caso, fue en la forma. Me gusta mucho contar cuentos dentro de los cuentos, como si fueran cajas chinas o muñecas rusas, y pensé que "Sueña conmigo" se prestaba para utilizar ese recurso a fondo. Además, busqué explorar otro tema: la obsesión de los coleccionistas, porque yo no colecciono nada, y quise ponerme en sus zapatos.

El Encorvado

Krivich existió en Bulgaria en el siglo XIV: parte de su historia es real, y supe de ella por una noticia en el periódico. Me interesan las pruebas arqueológicas que sustentan las supersticiones, la parte científica detrás de las supercherías; en ese sentido, los enterramientos de supuestos vampiros que ocurrieron en la Edad Media, como los que

relato en esta historia, son fascinantes. Dato curioso: cuando terminé el cuento, descubrí a un personaje en las calles del Centro, un vagabundo que se parecía mucho a la descripción que había imaginado del vampiro búlgaro; la joroba, la barba, la delgadez. Me sorprendí: parecía que mi mente lo había proyectado en la vida real, y desde entonces me refiero a él como Krivich. Aunque algunas veces lo seguí en la calle, nunca pude averiguar dónde vivía ni a qué se dedicaba.

BERNARDO ESQUINCA,
Ciudad de México, noviembre de 2019

La narrativa de **Bernardo Esquinca** (Guadalajara, 1972) se distingue por fusionar lo sobrenatural con lo policiaco. En Almadía ha publicado la Trilogía del Terror, conformada por los volúmenes de cuentos *Los niños de paja, Demonia* y *Mar Negro*; la Saga Casasola, integrada por las novelas *La octava plaga, Toda la sangre, Carne de ataúde Inframundo*; y la antología *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México (*xix-xxi*). Las increíbles aventuras del asombroso Edgar Allan Poe* recibió el Premio Nacional de Novela Negra en 2017.



MAR NEGRO
de Bernardo Esquinca
se terminó de
imprimir
y encuadernar
en enero de 2020,
en los talleres
de Litográfica Ingramex S.A. de C.V.,
Centeno 162-1,
Colonia Granjas Esmeralda,
Alcaldía Iztapalapa,
Ciudad de México.

Para su composición tipográfica se emplearon las familias Bell Centennial y Steelfish de 11:14, 37:37 y 30:30. El diseño es de Alejandro Magallanes.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.
La impresión de los interiores se realizó sobre papel Cultural de 75 gramos

NOTAS

[1] Los lectores de la saga Casasola encontrarán en el presente relato un epílogo a la novela *Toda la sangre*.